

CRISTIANDAD



73

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV
1 ABRIL
1947

1 de abril de 1944 - 1 de abril de 1947. Tres años hace, justamente en esta fecha, que CRISTIANDAD vió por primera

vez la luz de la publicidad. Con tal ocasión podríamos hacer nuevamente historia y prehistoria de nuestra Revista, pero con estar ya trazada en las columnas de números anteriores, más bien sería repetir, aunque fuese desde un inédito ángulo de visión, lo que en sus líneas generales es ya conocido por nuestros lectores.

Sin embargo cabe hablar de CRISTIANDAD en este su tercer aniversario, y desde una profunda y radical perspectiva. Y de eso se encarga nuestro artículo-editorial de hoy, aunque por el título se creyera no ser de tan honda significación su contenido. Se trata nada más, pero nada menos, que de hacer algunas consideraciones y con ello intentar dilucidar, si somos pesimistas o más bien optimistas.

Con todo, el presente número está dedicado a otros temas. La Semana Santa por una parte y la celebración en este año del cuarto centenario del nacimiento del Príncipe de las letras españolas, Miguel de Cervantes Saavedra, por otra, nos dan suficiente motivo de estudio y de sugerencias.

Por lo que se refiere a este último tema pensamos que bien vale la pena de echar una ojeada a aquella formidable época de la Historia de España a través del genio de Cervantes, hombre representativo, y sobre todo de su creación genial a través del prisma fantástico y realísimo de la figura de Don Quijote.

El Editorial se titula: **¿Somos pesimistas?**

Siguen los artículos:

Ego sum resurrectio et vita, por el P. Martirán Brunsó, Pbro. (págs. 150 y 151); **Regina caeli laetare, Alleluia!**, fragmento de un sermón de San Vicente Ferrer (págs. 151 y 152); **La Semana Santa en el rito bizantino greco-ruso**, por el P. Manuel Candal, S. J. (págs. 153 y 154); **Con las armas y las letras al servicio de la Cruz**, por Luis Luna (págs. 155 a 157); **Las dos facetas del «Quijote»**, por Manuel de Montoliu, (págs. 157 a 160); **La España de los siglos XVI y XVII a través del «Quijote»**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 161 a 164); **Y el «Ensayo» hizo explosión en París, II**, por Marsal de Figuerosa (págs. 165 a 167); **El catolicismo en la Argentina**, por Fernando Murillo (pág. 168).

Realza el presente número una carta de S. E. el Dr. Gregorio Modrego, obispo de Barcelona, dedicada a CRISTIANDAD en su III aniversario.

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday y otros



La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

E u r o p a

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

A s i a

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

A f r i c a

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

A m é r i c a

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Washington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Albuquerque

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

O c e a n í a

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

CRISTIANDAD

NÚMERO 73 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448

BARCELONA

1 Abril de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25875

MADRID

¿SOMOS PESIMISTAS?

Una súplica reiterada del Director de CRISTIANDAD me ha obligado a escribir el artículo que se sigue, en este día tercer aniversario de la publicación de la Revista. La razón que ha tenido para hacerme esta petición ha sido el deseo de que la revista se haga cargo de una observación benévola y caritativa, hecha por una persona de calidad y dignísima no sólo de toda nuestra atención y respeto, sino también de nuestro agradecimiento, ya que manifiesta su interés por nuestra obra con palabras y con obras. Y por cierto que entre estas pruebas de interés no pondríamos en último lugar el que se haya dignado hacer la observación de que CRISTIANDAD se hace cargo, con toda la atención y la buena voluntad de que es capaz.

El que suscribe este artículo, en los pocos que ha publicado en la Revista, para nombrarse siempre se ha valido del pronombre plural «nosotros»; no era su intención que el tal pronombre fuera el llamado mayestático, bastante caído en desuso, sino la creencia de que en aquel momento hablaba como intérprete de la mente de todos los que forman el núcleo de la Redacción. Hoy me propongo usar el pronombre singular porque tal vez diré algo que sólo a mi persona singular se puede atribuir.

Debo advertir que como no he tenido el honor de conferir personalmente con quien ha hecho la observación que recogemos, no conozco su pensamiento en forma precisa y clara. Y así no adivino con suficiente seguridad qué es lo que ha hallado en la Revista que pueda haber motivado la observación a que en este artículo se atiende.

Se refiere esta observación a cierto pesimismo que nota en CRISTIANDAD quien nos la hace y que pudiera, según él, producir en los lectores un efecto de acobardamiento con la consiguiente inercia. A través del intermediario así concibo yo el pensamiento de quien nos hace la observación; pero he de confesar que no adivino si este efecto pesimista nace de lo que dice la Revista o de lo que calla, o del tono con que lo dice. Tal vez hubiera sido más conveniente antes de escribir el artículo, procurar una más exacta información; pero por una parte se me urge para que lo redacte, y por otra, aun sin conocer con precisión la observación que lo ocasiona, me será dado poner ciertos puntos, a nuestro parecer de importancia, en su debido lugar.

Hagamos, pues, la suposición de que se nos dice de CRISTIANDAD que es pesimista en sus maneras de ver, juzgar y hablar, y que esto puede engendrar en los lectores caimiento de espíritu e inacción.

Conste que CRISTIANDAD no tan sólo agradece esta ob-

servación y cualquiera otra que se le haga, sino que además tiene propósito firme de examinarse con toda sinceridad y exacción para enmendarse en cuanto le sea posible. Y el que suscribe este artículo, que como en otra ocasión dijo, se considera como el curador espiritual de CRISTIANDAD en su menor edad, se siente en la obligación de tener participación en este examen, cuyo resultado habrá de recaer no poco sobre su propia responsabilidad.

Dos puntos de consideración son, a lo que creo, los que ha de poner ante sí al examinar su propio espíritu por lo que se refiere al pesimismo o al optimismo.

1.º ¿Los criterios, los modos de ver y de juzgar de CRISTIANDAD son en realidad de verdad pesimistas?

2.º Dado que no lo sean ¿falta a CRISTIANDAD aquella prudencia que ordena que no todo aquello que es verdad se diga, para no ocasionar males que del conocimiento de lo verdadero pueden seguirse?

DOS PESIMISMOS

En primer lugar ¿los criterios y los modos de ver de CRISTIANDAD son en realidad pesimistas?

Advirtamos ante todo que este calificativo puede tener dos sentidos, lo cual si no se tiene en cuenta, al aplicarse engendra confusión.

Un médico visita un enfermo y juzga con serena objetividad que la enfermedad es incurable: se dice del dictamen del médico que es pesimista. Hablando con propiedad habría que aplicar el calificativo no al médico ni a su dictamen, sino a la realidad del mal; el dictamen del médico no hace si no afirmar un mal que en realidad existe; tal vez no habrá sido bastante mirado o prudente al manifestar su juicio delante de personas a quienes la verdad podría ocasionar males, pero esto nada merma de lo acertado del dictamen.

Otro médico se ha ganado merecida fama de impresionable, de imaginativo, de misántropo; visita a un enfermo y diagnostica que el mal es grave, que se ha de temer lo peor. En medio de su aflicción, a la familia del enfermo le queda una esperanza. El médico consultado todo lo ve negro; ¡es un pesimista!, tal vez se equivoca, sin duda exagera.

Esta distinción es absolutamente necesaria para instituir un examen de conciencia en orden a averiguar si en un espíritu o en una conducta influye o interviene el auténtico pesimismo, del cual no es ejemplar el primer médico, sino el segundo.

PRESUPUESTO

CRISTIANDAD como cualquier publicación que no se avenga a ser anodina, se halla en la necesidad de tener opinión, de manifestarla y de sostenerla, y esto no tan sólo en los problemas generales de doctrina y de principios, sino también en los de hecho. CRISTIANDAD, por ejemplo, con la debida prudencia y moderación, aun a riesgo de equivocarse, ha de intentar comprender la actual situación del mundo y de sus constituyentes y desentrañar los bienes y males, las venturas y desdichas de que para un futuro más o menos próximo o lejano está preñado el mundo actual. Que en los juicios de hecho y de valor a que aludimos pueda influir el sentimiento o el prejuicio es indiscutible, y que en casos aislados influyan es poco menos que inevitable. En tales casos puede decirse que suele errar más quien menos piensa que yerra. Por esto será gran remedio y gran preventivo para no errar o siquiera para errar menos el prestar siempre atención al parecer de los demás, aun de los adversarios, cuánto más de las personas sensatas y benévolas.

De aquí que CRISTIANDAD ante la insinuación amistosa que la nota de pesimismo, no puede menos de preguntarse: ¿en realidad soy pesimista?, ¿influye en mis criterios y apreciaciones ese humor negro, enfermedad de espíritus decadentes y engendrador de anemia e inactividad espiritual?, ¿me parezco al segundo médico?

OPTIMISMO NUCLEAR

A quienquiera que haya leído con atención siquiera mediana los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora. Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo docete omnes gentes: *haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.*

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable y levantado penetre no tan sólo en el alma de los sacerdotes y de los religiosos consagrados a El con vínculos especiales, sino que también oriente y vitalice el espíritu de todo cristiano. No es otra la significación de la Acción Católica. ¿No se habría de definir la Acción Católica como la movilización general del pueblo cristiano? y ¿es posible una auténtica movilización general sin que el pueblo movilizado sienta vitalmente el ideal que le moviliza? y ¿es posible el entusiasmo por un ideal, sin la fe en este ideal, en su virtualidad, en la posibilidad de su realización?

Todos los números de CRISTIANDAD son una profe-

sión de fe y de esperanza en este ideal y si en ellos a las veces transpira la indignación contra los malminoristas, por ejemplo, contra los católicos liberales, no es porque CRISTIANDAD ignore u olvide que en ciertas ocasiones, en sobradas ocasiones, por desgracia, es necesario y lícito contentarse y aun acogerse al mal menor, sino porque los católicos liberales de ayer y no menos los de hoy, prácticamente por lo menos, hacen de la hipótesis tesis, alaban y encarecen el bienestar de la Iglesia en las naciones en que se vive en la hipótesis, menosprecian como visionarios a los que aun hoy en día osan hablar del ideal y no pocas veces achacan a la intransigencia de éstos, para ellos visionarios, a su falta de cultura, de comprensión y de caridad, casi todos los males del mundo y de la Iglesia; la severidad y la dureza de trato la guardan para los intransigentes, mientras que la amabilidad y aun la melosidad untuosa la reservan para los que hacen necesaria la hipótesis. A los intransigentes a duras penas les otorgan la opinión de buena fe, que prodigan a manos llenas a los incrédulos, a los herejes, a los cismáticos. De la condescendencia con éstos parecen esperar todo el bien, por lo menos el escaso bien con que se contentan. ¿Esta táctica, esta manera de pensar podrá dar otro resultado que el obscurecerse en la mente de los cristianos sencillos la convicción cristiana, que debe rechazar con dignidad todo error en la fe, toda mutilación en la verdad cristiana? Y esas tácticas de esperar el bien de la Iglesia de la alianza con los que si no están abiertamente contra ella, por lo menos es cierto que están fuera de ella ¿no será causa de que se debilite el espíritu sobrenatural, la esperanza en los medios eficacísimos, en realidad los únicos eficaces, que son patrimonio exclusivo de la Iglesia?

Perdóneme el lector la digresión. Decíamos que CRISTIANDAD, los que forman el núcleo de su redacción, llevan en su corazón el ideal cristiano, y añado ahora que tienen la persuasión de que cuanto más dista el mundo de la plena realización de este ideal, cuanto mayores son las exigencias malaventuradas de la hipótesis, más necesario es conservar puro y vivo en la mente y en el corazón este ideal, y profesarlo públicamente.

León XIII, el gran León XIII, en su luminosa encíclica *Libertas* esto encarga cuando reconoce la necesidad eventual de la hipótesis, la necesidad de acogerse al sistema de las llamadas libertades modernas. *Quod sentit de ipsis Ecclesia, idem ipsi sentiant, lo mismo que de estas libertades siente la Iglesia, sientan ellos, los católicos que viven en una nación en que la hipótesis es necesaria.*

Por lo mismo, ¿por qué disimularlo?, CRISTIANDAD siente su espíritu encogerse, al llegar a su noticia ciertas alabanzas sin ningún género de distingos, de naciones en que por necesidad se vive en la hipótesis, alabanzas que celebran el bienestar, la cultura de aquellas naciones, como si fueran espejo en que las demás se han de mirar, ejemplar que han de imitar, ideal que han de emular.

El optimismo de que acabamos de hablar es, como decimos, nuclear, substancial; de él habrían de participar todos los cristianos, porque no es sino la flor de las virtudes teologales, la flor fructífera del celo por la gloria de Dios, la exaltación de la Iglesia y el bien del género humano. Ahora preguntamos: si CRISTIANDAD es fruto de esta flor siquiera fruto humilde, ¿cómo podría ser substancialmente engendradora de pesimismo? Una sola explicación se podría dar de ello: la ineptitud de los que la redactan, la falta de dotes naturales, la falta de formación, o tal vez la falta de espíritu sobrenatural, que esteriliza las obras apostólicas que más fruto habrían de dar.

EL OPTIMISMO DEL P. RAMIERE

Mas, adelantemos un paso: los redactores ordinarios de CRISTIANDAD, los que constituyen el núcleo de la Redacción, deben en buena parte su formación a los libros en que el P. Enrique Ramière nos ha legado su pensamiento y su espíritu. CRISTIANDAD no se considera, ni se puede legítimamente considerar, como órgano oficial ni oficioso del Apostolado de la Oración, cuyo segundo y definitivo fundador fué el P. Ramière; pero hay que reconocer que trae su origen del Apostolado, que en el Apostolado halla su fuerza y que en el Apostolado encuentra la concreción de su espíritu.

Pues bien, ¿quién habrá, por poco versado que esté en los libros del P. Ramière, por poco que conozca su vida y su actuación, que pueda tacharle de pesimista? En vida se le echó en cara una excesiva benevolencia para con los católicos liberales de aquel tiempo y aquí mismo, en Barcelona, vió la luz un libro en que por esta razón se atacaba duramente una de sus obras fundamentales «La Soberanía social de Jesucristo». Por otra parte su optimismo no se limitaba a lo substancial que hemos descrito, no relegaba las esperanzas de la Iglesia para la otra vida, sino que pasó su vida inculcando en los lectores de sus libros la confianza en un triunfo de la Iglesia en este mundo, triunfo de que las luchas actuales de la Iglesia no le hacían dudar, antes al contrario le aseguraban en su convicción.

Esto no dejó también de acarrearle contradicción, porque se puso tacha en su doctrina como afín al milenarismo. Verdad es que, con algunos recortes, sus libros vencieron la oposición y de aquél en que con más amplitud declara y defiende su manera de pensar «Les espérances de l'Église», se publicaron varias ediciones, una de ellas encabezada por una carta de Pío IX. Ahora bien, ¿hay para qué disimularlo?, los que forman el núcleo de la Redacción de CRISTIANDAD participan de este pensamiento del P. Ramière, lo cual si no es para ellos el motivo substancial de su trabajo y sacrificio no escaso, no deja de alentarles y consolarles.

Es por otra parte indudable que si yo mismo, con quien ellos tan intimamente y por tanto tiempo han convivido, hubiera desacreditado con mis censuras estas ideas del P. Ramière, no se hubieran a ellas aficionado.

Pero ¿cómo podía yo hacerlo así, cuando lejos de serle contrario, compartía su parecer? Antes de haber leído ninguna obra de dicho autor, ya me había formado mi sistema, en lo substancial idéntico al suyo.

He de confesar que desde el primer momento me intranquilizaba algún tanto una manera de escrúpulo. No se me ocultaban las graves censuras que veía fulminar por no pocos autores serios contra el milenarismo; pero, por otra parte, notaba que al proponer el estado de la cuestión, no concordaban entre sí y atribuían a los milenaristas absurdos y ridiculeces tan grandes que ni siquiera valían la pena de tomarlas en consideración. Ejemplo de esto puede ser la descripción y refutación del milenarismo que el que fué Cardenal Billot nos ha dejado en el tratado de Novissimis. Lo que yo pensaba nada tenía que ver con aquellas ridiculeces. Averiguando más, hallé que autores serios, en obras publicadas a la luz del día, por ejemplo, el conocido teólogo P. Palmieri, venían a decir substancialmente lo que yo pensaba. Después advertí que ambién coincidía el mío con el pensamiento del Padre Ramière, se entiende también en lo substancial, y sa-

biendo quién era el P. Ramière aun me tranquilicé más. Estudié las fuentes y me pareció que mi sistema resolvía muchas incoherencias, muchas aparentes antinomias. Y por fin, cuando el inmortal Pío XI publicó sus encíclicas sobre el Reino de Cristo y sobre el Corazón de Jesús me convencí de que substancialmente mis ideas, lejos de contradecir a las del Romano Pontífice, en ningún punto esencial discrepaban de la palabra del Papa. No hay para qué discutir en este momento el valor doctrinal de los documentos pontificados a que me refiero, sólo observaré que si éstos no tienen fuerza de definición ¿no sería por lo menos injurioso y peligroso decir que el Papa en ellos afirma, sea como sea, cosas que linden con el error milenario?

Pío XI, en la encíclica Miserentissimus Redemptor, como término y consiguiente de una exposición de hechos concienzuda e intencionada, llega a afirmar que en la institución de la fiesta de Cristo Rey ha querido dar un anticipo de aquel día faustísimo en que el mundo espontáneamente se sujetará al suavísimo Imperio de Cristo; gaudia iam tum illius diei praecepimus auspiciatissimi quo die omnis orbis libens volensque Christi Regis suavissimae dominationi parebit. Si se tienen en cuenta los bienes que según el mismo Romano Pontífice en sus anteriores encíclicas Ubi arcano Dei y Quas primas afirmaba ser fruto natural de la aceptación por el mundo de la Soberanía de Cristo, entre los cuales no era el menor la paz social y la internacional, ¿qué más es lo que esperaba el P. Ramière y el autor de este artículo? Tanto es así que dos artículos que he publicado en CRISTIANDAD en que circunstancialmente hube de declarar mis ideas, no fueron otra cosa si no un comentario de las encíclicas de Pío XI Arcano Dei, Quas primas y Miserentissimus, de la encíclica Annum sacrum de León XIII, precedente obligado de las de Pío XI, y de la Summi Pontificatus del actual Pontífice, complemento de todas éstas, ya que en ella a todas las citadas las hace suyos.

LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

Formados, los que constituyen el núcleo de la Redacción, en Schola Cordis Iesu, y por ende en el seno del Apostolado de la Oración, cuyo lema se expresa en aquella petición «Adveniat Regnum tuum», es obvio que concibieran vivos deseos de entender a fondo la idea contenida en la fórmula universalmente admitida «El Reinado social de Jesucristo». Natural fué que para ello acudieran a las obras del P. Ramière. Este, en sus luminosos tratados intelectuales no se encierra en el círculo de las verdades y de los principios abstractos; hace ver las normas y las leyes de la Providencia divina actuando en la vida de los pueblos y de todo el género humano, y acude a la revelación divina para rastrear los planes que Dios ha trazado a la humanidad y para sondear con humilde osadía lo que en lo porvenir estos planes le reservan. Y para esto, estudia la Historia no tan sólo a la luz de la razón, sino también a la luz más poderosa de la revelación divina. Y si no crea una ciencia que ya cultivaron por ejemplo San Agustín y Bossuet, fué quien primero le dió el nombre adecuado y lleno de significación de Teología de la Historia.

Ahora bien, los miembros de Schola Cordis Iesu se aficionaron a esta ciencia y se esforzaron en adquirirla con ecuanime seriedad. De aquí tuvo origen una serie de conferencias o lecciones dadas por mí con libertad de espíritu, porque tenía bien conocida la capacidad, la pru-

dencia de mis oyentes y su inquebrantable y humilde adhesión a la autoridad y a las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia. En estas lecciones hubimos de tratar de todo: de historia, de filosofía, de sociología, de política, de teología, de escritura. Con qué provecho, podránlo juzgar los lectores de CRISTIANDAD.

Cuando se me preguntaba qué me proponía en estas conferencias, solía yo contestar: mi intento no es otro si no el de formar celadores del Apostolado de la Oración, y ante la extrañeza de quien preguntaba, respondía yo que el Apostolado, la idea del P. Ramière, sobre todo entre los varones, no tenía tanta aceptación como merecía, porque se miraba por muchos así como una beatería, lo cual era absoluta perversión de la concepción del P. Ramière y suponía una incompreensión lamentable de la devoción al Corazón de Jesús, de las revelaciones de Paray-le-Monial y de su fin providencial, todo lo cual constaba con toda certeza por los documentos pontificios.

LA SUJECION A LA IGLESIA

En toda esta mi actuación he procurado siempre fomentar en los que rodeaban aquel sano optimismo cristiano que hemos denominado nuclear; pero supuesto que la opinión descrita en el párrafo que hemos titulado «el optimismo del P. Ramière» sea probable y defendible, ¿quién no echará de ver que, dada la condición humana y el espíritu social de nuestros tiempos, proporcionará un nuevo y valioso elemento de luz y de vigor en orden a la intensificación de la actividad de celo y de apostolado? ¿Por qué, pues, no aquilatar los grados de probabilidad en que tal esperanza puede fundarse? ¿Por qué no compartir con el segundo fundador del Apostolado de la Oración este incentivo, siquiera accidental, de optimismo?

Ante todo era preciso purificar dicha esperanza de toda ilusoria imaginación. Lejos de nosotros las esperanzas claramente heterodoxas condenadas por la Iglesia, de una era paradisiaca, sin pecado original ni concupiscencia. Lejos de nosotros fantasear una era de una santidad dulzona, sin cruz ni mortificación. Fuera de nosotros la idea de un cambio en la organización de la Iglesia, ni la de un enriquecimiento esencial de la misma. La Iglesia que posee la sangre de Cristo y el don del Espíritu no puede ser más rica, porque su riqueza es infinita.

Mas de estas riquezas de la Iglesia no participan todos los hombres llamados a ser miembros de ella, y aun los que de ellas participan, podrían adquirirlas y poseerlas en grado superior a aquél en que las poseen. Y entonces puede ocurrir un problema que tendría visos de malsana curiosidad. ¿Hasta qué grado puede esperarse que llegará la Iglesia en este su posible perfeccionamiento extensivo e intensivo? ¿Se puede esperar, por ejemplo, que haya en el mundo una época en que no se cometan pecados mortales? Imaginémoslo, para hacernos cargo lo que sucedería, si todo el mundo fuera como se cuenta de las Re-

ducciones del Paraguay, de las que la fama decía que allí no se pecaba mortalmente. Claro es que aquellas gentes podían pecar, pero si la fama era verdadera, la gracia de Dios, la educación y las cautelas les preservaban. Mas esperar esto para el mundo entero es no sólo gratuito, sino, además, según lo que yo entiendo, contrario a los datos de la revelación divina.

Los que tenemos la discutible esperanza de que hablamos, no esperamos (por lo menos puedo asegurarlo de mí) sino aquello de lo cual Pío XI nos dice que es anticipo la institución de la fiesta de Cristo Rey: la aceptación voluntaria por las naciones de la Soberanía Social de Jesucristo, de todas las naciones por lo menos con una totalidad moral.

Y llegamos ahora al punto crucial. ¿Podriase admitir como probable la presencia visible de Cristo Rey en la tierra, como defienden los milenaristas? En modo alguno; porque ni esto se funda en la revelación, ni es compatible con la institución indefectible del Pontificado en los sucesores de Pedro. ¿Para qué un virrey en donde reside el mismo Rey?

Y llegó un día a nuestros oídos la noticia de la prohibición del milenarismo, aun del mitigado. Y antes de conocer el Decreto del Santo Oficio anuncié en público la existencia del decreto, añadiendo que si en él se proscribía cualquiera proposición que hubiera yo sostenido, la dieran por retractada, y añadí que sería para mí un placer, porque siempre lo es el salir de una equivocación.

Mas llegó a mis manos el decreto y en él hallé lo que ya sabía: la prohibición del milenarismo aun del mitigado, pero hallé algo más: la virtual absolucón del Padre Ramière, etc. Porque el Santo Oficio, al prohibir el milenarismo mitigado, no prohíbe una vaguedad, sino que precisa lo que prohíbe y lo que entiende por Milenarismo mitigado. ¿Y en qué consiste éste según el decreto de prohibición? En el sostener que Jesucristo, antes del juicio final vendrá visiblemente a esta tierra para reinar. Nunca jamás, que sepamos, el P. Ramière enseñó lo que prohíbe el decreto. De mí ciertamente me dice la conciencia que jamás lo he enseñado ni pensado.

Perdónenos el buen amigo que ha dado ocasión a este artículo, si no halla en él lo que tenía derecho a esperar. Creo que sin este artículo previo no me hubiera sido posible declarar mi pensamiento sobre el optimismo o el pesimismo de CRISTIANDAD.

RAMÓN ORLANDIS, S. J.

NOTA. - Para la perfecta comprensión de este artículo véanse además los que, debidos al P. Ramón Orlandis, S. J., fueron publicados en CRISTIANDAD en los números:

- Núm. 27. «Advertencia previa. La teología de la historia. El fin del imperio romano».
- Núm. 29. «Corazón de Jesús, donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia».
- Núm. 39. «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey».
- Núm. 54. «El arco iris de la Paz Romana».
- Núm. 63. «La actualidad a que aspiramos».



En el III Aniversario de CRISTIANDAD



Hace tres años bendecíamos el proyecto de publicación de CRISTIANDAD, y poco después saludábamos, henchidos de esperanza, la aparición de tan enjundiosa Revista escrita por plumas doctas y bien cortadas, muy acreditadas en el campo de las letras.

Hoy, al publicarse el número 73 nos gozamos en una consoladora realidad: la copia de sana doctrina esparcida desde sus columnas entre una selección de cultos lectores.

La peculiaridad de la Revista CRISTIANDAD que en cada número expone un tema, siempre tratado con competencia, y a veces agotado, es de resultados magníficos en el lector serio que busca la verdad.

Tal vez a eso se debe el que no haya alcanzado la Revista toda la difusión que merece.

La recomendamos con todo encarecimiento, no a los espíritus frívolos, incapaces de sostener un raciocinio o de aplicar su atención a temas serios y trascendentales, sino a los espíritus bien cultivados que sienten la inquietud que suscitan los graves problemas de orden filosófico, histórico, etc.

La Revista no debe descender de ese nivel, aunque sea a trueque de renunciar a éxitos fáciles.

Ni cederá un punto en su ortodoxia.

Hoy, más que nunca, es necesario aferrarse a la verdad eterna, a la verdad de la doctrina católica, única que puede iluminar las sendas de la inteligencia en medio del confusiónismo y rebeldías de la hora presente.

Al menos vosotros, mis diocesanos cultos, sedientos de verdad, tomad en vuestras manos la Revista, y, si ponéis vuestra pluma mejor que mejor.

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

Ego sum resurrectio et vita

(Joan, XI, 25)

Nuestro triunfo en Cristo resucitado

El despertar del alba es de sí agradable y bello. Aquel pájaro que tan maravillosamente nos supo cantar «el pío universal de lo creado» nos lo dice en uno de sus muy armoniosos trinos a la mujer hacendosa: «Porque entonces la luz, como viene después de las tinieblas y se halla como después de haber sido perdida, parece ser otra y hiere el corazón del hombre con una nueva alegría, y la vista del cielo entonces y el colorear de las nubes y el descubrirse la aurora, que no sin causa los poetas la coronan de rosas (1), y el aparecer la hermosura del sol es una cosa bellísima... Porque no es gusto de un solo sentido, sino general contentamiento de todos... y [el frescor del aire de entonces] no sé en qué manera despierta el corazón a pensamientos divinos, antes que se ahogue en los negocios del día» (2). ¡Cuánta comezón no sentirían sus alas allá en la cárcel del Santo Oficio!

Y si en este despertar mañanero, el corazón deja su encogimiento para desplegarse, como lo hace el capullo de la flor, y la esperanza abre sus puertas al nuevo día, ¿qué no ha de decir el corazón del cristiano, cuando nuestra Madre la Iglesia le despierta en la mañana de la Resurrección con aquel saludo de júbilo: *Haec est dies quam fecit dominus?* La alborada se ha convertido en día. *Este es el día que hizo el Señor.* Las tinieblas son del espíritu del mal; por eso no cabe la desesperación en nuestro credo, como tampoco el desorden y todo lo que lleva consigo obscuridad. Es cierto que la caligine del pecado nos enraecía la pureza del Lucero matutino que apuntaba; pero siempre había luz, la luz del perdón y de la misericordia, que es alba de resurrección. Si en Viernes Santo se entenebrecen algo los aires del cielo litúrgico, es sólo para destacar los contornos de la Luz que avanza victoriosa, de Cristo que triunfante libra el combate decisivo, no contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los adalides de las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad (Eph., VI, 12).

La muerte y la vida se encontraron en formidable duelo, y muerto el Rey de la vida, reina vivo (Secuencia del Tiempo Pascual). Con la muerte nació la Vida. No puede ser más terminante el pensamiento del Apóstol San Pablo: «Ahora Cristo, primicias de los que duermen, resucitó de entre los muertos; porque como la muerte fué por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así también todos serán vivificados en Cristo» (I Cor., XV, 20-22).

No sé si todos los lectores habrán ponderado nunca la profundidad y alcance de las palabras paulinas. Vale la pena de hacerlo. Mas, creo que debe ser el alimento pascual de nuestra meditación, sobre todo si movió nuestro interior cristiano la exhortación vibrante y persuasiva que nos hizo el mismo Apóstol el domingo de Pascua: «Purificaos bien, hermanos míos, del viejo fermento, para que resultéis nueva masa, porque sois puros, sois ácidos» (I Cor., V, 8).

¿Quién no ha sentido en los más oscuros rincones de su ser los viejos fermentos, la levadura concupiscente? Esta condición que el hombre siente, este tirano que mora en nosotros y da tan mala vida al hombre interior que

desea lo bueno; cosa es que todos lo experimentan y a todos amarga. Ahora podremos sanarla metiendo en nuestras almas la verdad y la gracia del Misterio de Cristo, puesto que para «Pascua nuestra inmóvil es Cristo» (I Cor., ib.).

Difícil es entender la plenitud del repetido *alleluia*, y este no caber en sí que nos quiere comunicar la Iglesia, si nuestras almas no contemplan y se cobijan bajo los vientos del *Vexilla Regis*, que ahora tremola victorioso. Con nuevos resplandores «*fulget crucis mysterium*», resplandece el misterio de la Cruz, en la cual padeció muerte la vida, y dió al hombre la vida con su muerte, «*et morte vitam protulit*».

Debemos, pues, compenetrarnos de que no es Jesucristo sólo el que triunfa en este día; su victoria es para nosotros, y todos triunfamos. «No, no somos desdichados los cristianos —exclamaba con justa razón el Apóstol— porque esperamos en Cristo; ni vana es nuestra fe, porque está fundada en la verdad de la Resurrección. *Resurrexit sicut dixit*» (I Cor., XV).

«Quiso la divina Sabiduría —permitásenos decir con el Maestro B. Juan de Avila— que por el medio que nos perdimos por aquél nos cobrásemos; y que el soberbio Senaquerib, que es el demonio, se tornase por el camino que vino, con un freno en la boca (Is., 37, 29), sacando Dios bien de sus males, y destruyéndolo por el mismo camino que él destruyó a Adán. El cual, aunque en sí era un hombre particular, mas dióle Dios la superioridad y tal privilegio que le hizo cabeza de todos los hombres, no sólo para que le heredasen la gracia del Señor, la justicia original y muchos bienes que procedían de estas dos cosas. Usó mal de lo que Dios le había dado, y quedó perdido para él y para los que de él vinieron; no sólo los dejó sujetos con muchos trabajos, mas quedaron todos pecadores (Rom., V), participantes en el pecado, y, por consiguiente, feos y manchados, viles y abominables a Dios y desterrados del paraíso de la tierra y del paraíso del cielo... Pecó nuestra cabeza que era Adán; éramos nosotros miembros suyos, y como tales les fuimos culpados con culpa original y castigados con graves castigos. Moviéronse las entrañas de Dios viendo tanta miseria y acordó de dar, en lugar de estas dos cabezas pestilenciales (Adán y el demonio), una cabeza sana, llena de gracia, de gran dignidad, debajo del amparo de la cual fuesen acogidos los hombres y, por juntarse con ella, recobrasen con mucha ventaja, así de honra como de provecho, lo que por las dos primeras habían perdido. Esta cabeza es Cristo, cuya dignidad llega a ser Dios, aunque el ser cabeza de los hombres es en cuanto hombre, y cuyas riquezas son sin medida e investigables, como dice San Pablo.» (Eph., III) (3). Por donde este día fué de común alegría, porque fué día de nacimiento común (Fr. Luis de León).

Nuestra plegaria a Jesús resucitado

Mientras esto escribimos, y vibra en nuestro ser el estremecimiento de júbilo como miembros de este Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, nos acordamos de aquellos otros miembros que lo son, lo fueron o podrían serlo, pero a

(1) Virgilio: Eneida, lib. VI, v. 535. — Garcilaso: Egleja, II.

(2) Fray Luis de León: *La Perfecta Casada*, cap. VI. Edición A. B. C. «Obras completas de Fray Luis de León», pág. 252. No nos atrevemos—no sin mucho pesar — a copiar negro el pasaje, ¡es tan bello!(3) B. Juan de Avila. *Obras completas* «Edición Apostolado de la Prensa. Tomo I, págs. 457-458. Cf. también Fray Luis de León: *Los nombres de Cristo*, libro. III, nombre Hijo. Edic. cit. págs. 709-712: «Cristo nació del sepulcro, nació no nació El solo sino nacieron juntamente con El y en El las vidas y las santidades y las glorias resplandecientes de muchos... salió resucitando a la luz, hecho espiga y no grano.»

quienes el virus del error o de la herejía inoculó su mortal veneno. El sentido pesimista de la vida de que están impregnadas abiertamente algunas de las corrientes filosóficas modernas, no menos que aquellas otras que lo presentan en brillantes trofeos a la diosa razón, nos hace comprender plenamente en el día de hoy por qué levantábamos los brazos al cielo con nuestra Madre la Iglesia en el día de Viernes Santo (4), sostenidos por la esperanza de ver entrar a través de las rendijas de una infancia, enteramente cristiana tal vez, o de una mente de buena fe, los rayos de la Resurrección. Mi hijo estaba muerto y ha resucitado. (Esto nos hace esperar con ansia un libro sensacional de García Morente.) (5).

Tantas inteligencias encerradas en la angosta prisión y desnudas paredes de su soberbia razón, acosada por los resplandores de una imaginación falaz. Cuán diferente esta cárcel de aquella en que el inmortal agustino escribía Los Nombres de Cristo, el cántico apasionado y armonioso de la Encarnación, el poema épico de la humanidad de Cristo. «En torno a El se agrupan ahí todas las bellezas criadas y todos los pensamientos de los hombres. Toda la sabiduría humana y divina se centra y fecundiza en ese hallazgo y conocimiento de Jesús.» La fina sensibilidad de Fray Luis, religiosa y poética a la vez, logró de la manera más perfecta y clásica ese prodigio de serenidad y de equilibrio entre el pensamiento y la expresión, dando por resultado la ecuación de la belleza, cuya causa es la emoción

(4) Oremus, dilectissimi nobis, Deum Patrem omnipotentem, ut cunctis mundum purget erroribus... et pro haereticis et schismaticis... et pro perfidis iudaicis... et pro paganis.

(5) Quintán Pérez, S. I. Razón y Fe, t. 135, págs. 13-28. Enero 1947.

de Cristo (6). Por eso aquella descripción de la mañana tiene para mí un encanto especial en la alborada de la Resurrección. ¡Oh! si se agruparan en torno de este Cristo, y sintieran su emoción, como nuestro Horacio Castellano, todas estas inteligencias de fino ropaje. ¡Oh! si entrara en ellas la luz vivificante de la Resurrección, y exclamaran con nosotros: ¡Oh fe!, esfuerzo de corazones, victoria de los tiranos, sosiego de los turbados, ojo de las cosas invisibles y fundamento de todo el fundamento espiritual. Perla preciosa, sin la cual cuanto uno más tiene, más pobre está; camino sin yerro para ir a Dios, fuera del cual quien más anda, menos anda, y pensando que sube al cielo, baja al infierno; puerta por donde Dios entra a nosotros; disposición para dársenos el Espíritu Santo! Honra de Dios, del cual mientras cosas más altas creemos y que sobrepujan a nuestra razón, más le honramos y más nos le sometemos. ¡Oh columna de luz, que en la obscuridad de este mundo (Exod., 13, 12) alumbraba a los hijos de Israel, para entrar en la tierra de Promisión! (7).

Martirián Brunsó, Pbro.

(6) Félix García, O. S. A. Introducción a Los Nombres de Cristo. Ed. cit., pág. 535

(7) B. Juan de Avila. O. c. t. II, pág. 913. No será inoportuno añadir este párrafo del Memorial Segundo para Trento... «¿quán grande será nuestra culpa si no sentimos y gemimos ver llevadas captivas las ánimas debaxo el poderío de demonio, que poco a poco eran de nuestro pueblo (habla de los estragos del Protestantismo), eran hermanos nuestros; eran miembros de nuestro cuerpo que juntamente con nosotros tenían por cabeza a Jesuchristo en el cielo, y al Papa, que es su Vicario, en la tierra. An se apartado, y an entrado en otro cuerpo cuya cabeza es el demonio; cuyo fin, eterna condenación; cuyo propósito y exercicio, procurar engañar a los que quedan y bien en la verdad de la Yglesia». Edición P. Camilo M. Abad, S. I. Miscelánea Comillas, t. III, pág. 44.

Regina caeli, laetare, Alleluia!

María espera la aparición de su hijo

(Fragmento de un Sermón de Cuaresma de San Vicente Ferrer. Año 1413)

Primero apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho, «en decir» que apareció a tantos otros; porque la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: {¿También vosotros estáis sin entendimiento?}.

La gloriosa resurrección fué hoy manifestada gloriosamente, ¿y cómo?; *primo*, a la Virgen María. San Ambrosio lo dice *expresse*, que primero se apareció a la Virgen María: los Evangelistas nada decían de ello, que no tocaron este punto; así como en un proceso han vertido sus testimonios y no han puesto a la madre por testigo. La primera razón por la que se apareció primero a la Virgen María fué para cumplir lo que había mandado de honrar padre y madre; así, a la madre era debido aquel honor, mostrándose primero a ella: *Gemitus matris tue ne obliviscaris. Secunda ratio*: por cierto tenemos que todos los apóstoles y discípulos, el día de la pasión, perdieron la fe cristiana, unos del todo, otros dudando si es o no es; mas en la Virgen María se mantuvo firme la fe; y, así, pues, como sea que la Virgen María fuese única en conservar la fe: *ergo*, etc.

... que la gloriosa resurrección fo huy demostrada gloriosament, e com?; *primo*, a la Verge Maria. *Sent Ambrós* *expresse ho diu*, que primer aparech a la Verge Maria: *los evangelistes no'n dien res*, que no'u curaren; *axi com en un procés han dat sos testimonis*, e no'y han mes la mare per testimoni. *La primera rahó per que aparech primer a la Verge Maria, fonch per complir ço que havia manat de honrar pare e mare; axi*, a la mare pertanya aquella honor monstrant-se primer a ella: *Gemitus matris tue ne obliviscaris. Secunda ratio*: *per cert havem que tots los apostols e dextples, lo dia de la passió, perderen la fe xpistiana, uns del tot, altres duptant si es, no es: mas en la Verge Maria ferma hi fon la fe; e, donchs, com la Verge Maria hagués la fe tota sola: ergo, etc.*



La tercera razón es que la Virgen María amaba más a Jesucristo que a ninguna criatura. Jesucristo dijo: *Qui diligit me* (Jo., xiii.º), será amado por mi Padre, y yo le amaré, y será manifestado. La Virgen María sabía harto bien que debía resucitar al tercer día (Mathei, xx.º), muchas veces lo había anunciado Jesucristo, mas no dijo la hora; dijo el día, mas no la hora. La Virgen María, en la noche anterior, esperando con ansia la resurrección, se dijo y meditó si hallaría la hora. Conocía la Biblia, y de la resurrección habla David; ella leyó y rebuscó por todo el salterio, para buscar si encontraría la hora: «Como no lo ha dicho mi hijo, señal es de que lo ha dicho profeta»; y halla en David, en el salmo «Miserere mei»: *Exsurge gloria mea*. Responde el hijo: *Exurgam diluculo*; levántate y resucita, gloria mía. Responde: «Al alba». Y en cuanto la Virgen María supo la hora, ¡qué gozo tuvo! Dios Padre lo designa así: *Gloriaris salterio et citara*, y esto por la gran diligencia que ponía en procurar la honra de Dios Padre: «Bendito es quien en todo tiempo hace y se ejercita en el honor de Dios». (Jo., viii.º) *Ego non quero gloriam meam, set honorifico gloriam Patris mei*; por esta diligencia la llama «gloria mía». ¿Por qué dice *psalterium*?; esto es, instrumento de cámara, significando la obediencia de la ley que Dios dió a Moisés; instrumento de cámara, que no salía fuera: *Non veni solvere legem, set adimplere*; porque *guitarra* no es instrumento de cámara, sino que se toca por todas partes: *Euntes per universum mundum predicate evangelium omni creature* por excelencia de la Ley cristiana.

La bendita entre todas las mujeres se levantó de la oración y fué y abrió la ventana, y no era el alba; volvió a leer en el salmo «*Paratum cor meum*», halló aquel verso mismo, y dijo: «Ya tengo dos testimonios», y se dirige a la ventana, y no era el alba; y vuélvese a leer, y entonces leyó los profetas, y sabía que Oseas había hablado de ello; se encontró con que decía: *Vivificavit nos, et in tertia die, quasi diluculum* (Osseas, vi.º). Teniendo la Virgen María tantos testimonios, cierra el libro, se pone de pie junto a la ventana, arregla un banco con su tapete y pone en orden su habitación, y ve que empieza a romper el alba, y ella, leyendo el salmo «*Eripe me de inimicis*», ella, estando así con aquel deseo, Jesucristo resucitado, dijo a San Gabriel: «Ve a llevar las albricias a mi madre», y llega él con aquella claridad suya, y se detiene a reparar si era su hijo, y el ángel saludala: «Ave María; alégrate, madre de Dios, ahora al punto estará contigo tu hijo glorioso resucitado». Y ve a Jesucristo con todos aquellos santos ángeles y santos padres, y Jesucristo entró en la casa sonriente, y ella se humilló y abajó para besarle sus heridas gloriosas. ¡Oh, qué encuentro fué tan glorioso! Pensad como Adán y Eva verían a la Virgen María, cómo debieron decir: «¡Oh, bendita entre todas las mujeres! Nos habéis abierto la puerta del paraíso», y le hicieron gran acatamiento todos los santos: «Tú, gloria de Jerusalén; tú, alegría de Israel, y honor y reverencia de todo el pueblo» (Judith, V.º). Y la Virgen María, le dijo: *Vos estis gens santa* (P.º Petri, 2.º); todo su linaje, predestinado a salvación, y todos los ángeles hicieronle gran reverencia, y cantaron este cántico: *Regina celi, letare, alleluya*, que quiere decir «gloria sea dada a Dios», y San Pablo la anota. Y de esta manera, la resurrección de nuestro salvador Jesucristo fué hoy graciosamente manifestada.

La terça rahó que la Verge Maria amava mes a Jhesu Xrist que a nenguna creatura. Jhesu Xrist dix: Qui diligit me (Jo., xiii.º) *será amat per lo meu Pare, e yo amaré a ell, e seré manifestat. La Verge Maria be sabia que devia resuscitar lo tercer dia: (Mathei, xx.º) moltes vegades ho havia dit Jhesu Xrist, mas no dix la hora; dix lo dia, mas no la hora. La Verge Maria, la nit passada, ella sperant la resurrecció, ella dix e considerá si trobaria la hora. Sabia la Blibia, e de la resurrecció parla David; ella llegí e cerquí tot lo psaltiri, per cerquar si trobaria la hora: "Com no'u ha dit mon fill, senyal que ho ha dit proffeta"; e troba David, en lo psalm "Miserere mei": Exsurge gloria mea. Respon lo fill: Exurgam diluculo; leva't e resuscita, gloria mia. Respon: "En l'alba". E com la Verge Maria sabé la hora, quin goig hagué! Deu lo pare l'appella: Gloriaris salterio et citara, e açó per la gran diligencia que havia a procurar la honor de Deu lo pare: "Beneyt es qui tots temps fa e entén en la honor de Deu". (Jo., viii.º) Ego non quero, gloriam meam, set honorifico gloriam Patris mei; per esta diligencia la appella "gloria mia". Per que diu psalterium?; aço es instrument de cambra, significcant la obediencia de la ley que Deu doná a Moysés; instrument de cambra que no exia de fora: Non veni solvere legem, set adimplere; porque "guitarra" no es instrument de cambra, mas per tot se sona: Euntes per univversum mundum predicate evangelium omni creature per excellencia de la ley xpistiana.*

La beneyta levás de la oració e aná e obri la finestra, e no era alba; torná a legir en lo psalm "Paratum cor meum", aquell ves mateix trobá, e dix: "Ja he dos testimonis", e va a la finestra, e no era alba; e torne a legir, e après legí los proffetes, e sabia que Ossé ne havia parlat; trobá que deya: Vivificabit nos, et in tertia die, quasi diluculum (Ossé, vi.º). La Verge Maria que hac tants testimonis, tanqua lo libre, e ella sta a la finestra, e ella met un banch ab son tapit, e apparella sa cambra, e ella veu aclarir l'alba, e ella, legint lo psalm "Eripe me de inimicis", ella, estant axí ab aquell desig, Jhesu Xrist resuscitat, dix a sent Gabriel: "Ves, porta albixera a la mia mare", e ell ve ab aquella claritat, e considera si era son Fill, e l'angel saluda-la: "Ave Maria; alegrá't, mare de Deu, sopte ara será ab tu lo teu fill gloriós resuscitat". E veu Jhesu Xrist ab tots aquells sants angels e sants pares, e Jhesu Xrist entrá ab la cara rient, e ella se humiliá e se abaxá per a besar-li les sues naffres glorioses. O, quin parlament fo tan gloriós! Pensau com Adam e Eva veren la Verge Maria, com degueren dir: "O, na beneyta! vos habeu uberta la porta de paradís", e li feren gran reverencia tots los sants: "Tu, gloria Jherusalem; tu, leticia Israel et honor et reverencia de tot lo poble" (Judith, v.º). E la Verge Maria los dix; Vos estis gens santa (P.º Petri, 2.º); tot lo seu linatge, predestinat a salvació, e tots los angels feren-li gran reverencia, e cantaren esta cançó: Regina celi letare, alleluya, que vol dir "gloria sia a Deu", e sent Pau la registra. E axí, la resurrecció de nostre salvador Jhesu Xrist fo huy demostrada graciosament.

La Semana Santa en el rito bizantino greco-ruso

Del mismo modo que en la Iglesia latina, también en la Oriental y en cada uno de sus ritos se celebran con inusitado esplendor, en los días de la Semana Santa, los misterios de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Describirlos todos es imposible en esta breve charla. Aun limitándome al rito bizantino, no podré hacer otra cosa que aludir a algunas de las ceremonias más típicas, o de más característico y profundo significado.

El liturgista ruso Murawieff dice así, al describir los ritos de la Semana Mayor: «Se distingue tanto esta grande Semana entre todas las del año, por sus cánticos sublimes y significativas ceremonias, lo mismo que por la acertada combinación de las lecturas proféticas y de los Evangelios, que todo fiel cristiano, por más distraído que en otros tiempos sea, gradualmente se va preparando en éste con intensa devoción para la fiesta de la Pascua. Pues todos los días en esta Semana de Pasión (que así llaman también los bizantinos a la Semana Santa) es como un paso que se da hacia el aleluya de gloria, y corresponde a cada uno de los últimos días de la vida terrestre de Jesucristo nuestro Salvador».

**Domingo
de
Ramos**

El Domingo de Ramos, al que llaman también los bizantinos «Pascua florida», se distingue entre los griegos y rusos, lo mismo que entre nosotros, por la bendición y distribución de las palmas. Por ser muy semejante al latino, no describo este rito. Antiguamente se tenía también la procesión, hoy por lo visto en desuso, pero no tan dramática como la nuestra, con el canto alternado de los dos coros dentro y fuera del templo. Ceremonia parecida reservan los bizantinos para la procesión del alba del Domingo de Resurrección. En ésta de los Ramos la figura principal era el Diácono, que llevaba el libro de los Evangelios, personificación de Cristo.

**Lunes,
Martes y
Miércoles**

Los tres días siguientes, de grande uniformidad entre sí, carecen de Misa. En ellos se celebra solamente la solemnisima liturgia de «presantificados», es decir, una ceremonia semejante a la de nuestro Viernes Santo, que de aquélla tiene su origen. En ella se consume, día por día, por la comunión del sacerdote *y de los fieles*, parte de la Eucaristía ya de antemano consagrada («presantificada») en la Misa del Domingo de Ramos.

No faltan autores de nota, como el Príncipe de Sajonia, Maximiliano, que consideran esta ceremonia como el rito más hermoso de toda la liturgia bizantina. En el Oficio Divino de los tres días se repasa todo el Salterio, y en las Horas menores (sumamente largas, si se dicen íntegras), los cuatro Evangelios hasta el relato de la Pasión. «Para significar —dice Murawieff— que así como Moisés, antes de que Josué introdujese el pueblo escogido en la tierra de promisión, había explicado toda la Ley en el Deuteronomio, así también el verdadero Josué, el único Salvador del Mundo,

antes de introducir el género humano en el reino conquistado con los misterios de la Redención, le intimó y declaró el código nuevo de la Ley de Gracia». Las pericopas de los Evangelios intercaladas con esas lecturas nos recuerdan, el Lunes, el episodio de la higuera marchita por la maldición de Cristo, que en ella no encontró fruto; el Martes, la parábola de las diez vírgenes; el Miércoles, el ejemplo suavísimo de la Magdalena que, a despecho del Fariseo, derramó el vaso de perfumes sobre la cabeza del Señor.

De esta manera la liturgia bizantina acompaña paso a paso, y en los días que acaecieron, los últimos hechos y enseñanzas del Divino Maestro sobre la tierra. Todo ello se ordena como preparación inmediata de su Muerte redentora. De ahí que ya el Lunes Santo esté dedicado de manera especial a honrar la memoria de una de las figuras más vivas de Cristo paciente, la de José vendido a los Ismaelitas, a quien los griegos llaman *pankalós* y los rusos *prekrasnyj*, es decir, el hermosísimo, el «todo bello» por la excelencia de las virtudes, como tipo de las de Jesús, flor de toda belleza.

Pero, naturalmente, el triduo sacro del Jueves, Viernes y Sábado Santos es para el rito bizantino, lo mismo que para la Iglesia latina, el punto culminante del dramatismo litúrgico. Cesa el Salterio en el Oficio del Jueves, y en su lugar, ya desde las Vísperas, se acumulan los cánticos sagrados de inspiración reposada y narrativa, pero ungidos con la suavidad del más profundo afecto, en los que se entremezclan las encontradas emociones de los cuatro hechos que en el día de la Última Cena se conmemoran, y por este orden, en el rito bizantino: la institución de la Eucaristía, el lavatorio de los pies, la oración del Huerto, la traición de Judas.

**El triduo
sacro**

La Institución de la Eucaristía se celebra, como es obvio, en el rico aparato de la Misa solemne, que hoy no es la ordinaria de San Juan Crisóstomo, sino la más extensa de San Basilio, propia de las grandes ocasiones. En ella, en las Iglesias Patriarcales del Oriente, como en nuestras Catedrales, se consagra el Santo Crisma, confeccionado con bálsamo e infinidad de hierbas aromáticas durante toda la cuaresma. El lavatorio de los pies se tiene aparte, como el rito latino del Mandato. La agonía del Huerto y la prisión de Cristo se juntan ya con los Oficios nocturnos para el día siguiente, algo así como hacemos nosotros en los Oficios de Tinieblas de esta misma tarde.

**Jueves
Santo**

De todas estas ceremonias la más característica es la del Lavatorio de los pies, por el dramatismo con que, al canto del Evangelio, van reproduciendo los Ministros del altar todas y cada una de las acciones de Jesucristo, como San Juan las relata.

El más digno del Clero, que representa a Jesús,

**Lavatorio
de
los pies**

se despoja del *mandya* (o manto), se ciñe a la cintura la toalla, echa agua en un lebrillo, y se arrodilla por turno ante los doce Apóstoles, comenzando por Judas y terminando por Pedro, con el cual entabla aquel diálogo tan conocido y tan sublime de la humildad y confusión del Apóstol y de la caridad inefable y misteriosos designios del que entonces se llama a Si mismo Maestro. «¡Señor! ¿Tú me lavas a mí los pies?» «Lo que yo hago no lo entiendes ahora.»

El pueblo sigue todo con honda emoción; tanto más, que, mientras se desenvuelve la lenta ceremonia, canta el coro el magnífico *canon* del día en siete inspiradas estrofas, que, con el misticismo de ingenua poesía, van interpretando los sentimientos delicados que sugieren al alma las acciones de Cristo. La edición romana del *Triodio*, el libro litúrgico bizantino propio de la cuaresma, añade otras dos estrofas de dolor inenarrable al ver duro como el pedernal el corazón de Judas, que no se ablanda ni con la fineza del Salvador puesto a sus pies, ni con sus palabras reveladoras: «Vosotros estáis limpios, pero no todos.» Bien quisiera poner aquí traducidos estos himnos, mas es preciso pasar adelante.

Lavado del altar

Entre las ceremonias bizantinas del Jueves Santo una sola no tiene correspondencia plena con las del rito latino. En éste se desnudan los altares acabada la Misa solemne con las Visperas, para indicar ya la entrada litúrgica del Viernes, el gran día de luto de la Iglesia; mientras en el rito bizantino se hace antes de la Misa, y no como señal de duelo, sino para la ceremonia grandemente mística del *lavado del altar*, como muestra de la pureza suma del alma ante el recuerdo de la institución inmediata de la Eucaristía. Al compás de bellísimas oraciones, enderezadas a pedir para los hombres, participantes del Cuerpo de Cristo, la limpieza de los Angeles, lavan los sacerdotes la Mesa cuadrada del altar con agua perfumada de rosas, y lo enjugan con esponjas nuevas, que luego se distribuyen entre el pueblo.

Viernes Santo

Y ¿qué decir de las solemnidades del Viernes Santo? Indeleble recuerdo dejan en el alma las de la Iglesia Oriental bizantina, cuando uno puede seguir la letra inspiradísima de los múltiples *troparios*, que en ellas se cantan, henchidos todos de honda emotividad.

Mas no busquemos ese día Misa alguna, ni siquiera la de *presantificados* (a no ser que caiga en él la fiesta de la Anunciación); ni tampoco vayamos con la ilusión reverente de adorar la Santa Cruz, rito central en la conmovedora liturgia latina del Viernes Santo. En la Iglesia bizantina ya se ha hecho esta ceremonia (bien solemnemente, por cierto), con delicada idea, en mitad de la cuaresma, en el tercer domingo y en el lunes, miércoles y viernes subsiguientes. Toda la liturgia de esos días es del triunfo de la Santa Cruz, como para alivio del riguroso ayuno oriental de la cuaresma. Viene a la mente el recuerdo del pueblo judío cuando, en medio de la dura travesía del desierto, halló el leño misterioso, que, arrojado a las aguas pútridas de Marath, las convirtió en potables y dulces.

Tres son los actos principales del Viernes Santo bizantino. En primer lugar la Vigilia de la tarde precedente, con la majestad de una grandiosa *panykida*, oficio fúnebre, que primitivamente duraba toda la noche, como está indicando el nombre. En ella, entreverada con preces y cánticos de pena, se hace la lectura de la Pasión por el texto completo de los cuatro Evangelistas. Vienen luego, a la mañana, las Horas menores solemnísimas, llamadas *Regias* por la autoridad que un tiempo les daba la presencia del emperador en Constantinopla, donde, en la Capilla interior del palacio de Blaquernas, incensaba él mismo el altar, cual si estuviera revestido de la dignidad de sacerdote o diácono.

La panykida

Pero sobre todo es característica de este día la función de la tarde, desde las primeras horas, triste, dulcemente sugestiva, lenta y maravillosa. Es el entierro de Cristo, con la procesión y adoración del *Epitafio*, o sea, una ancha tela de brocado o raso, siempre de gran precio, en la que campea pintada o bordada en oro, la escena de la sepultura del Señor. El de la Iglesia del Colegio «Russicum», aquí en Roma, espléndidamente bordado por la M. Ursula Ledóchowska, Fundadora de las Ursulinas del Sagrado Corazón Agonizante de Jesús, y hermana del difunto General de los Jesuitas, lleva en derredor la inscripción de rúbrica en vistosos caracteres eslavos ornamentales: EL NOBLE JOSÉ (de Arimatea), BAJANDO DEL LEÑO TU CUERPO INMACULADO, Y ENVOLVIÉNDOLO EN UNA SÁBANA LIMPIA, LO DEPOSITÓ UNGIDO CON AROMAS EN UN SEPULCRO NUEVO. En la procesión seis sacerdotes lo llevan reverentemente sobre la cabeza, yendo bajo él en medio de todos el arquimandrita con el libro de los Evangelios. Depositado en el suntuoso catafalco del medio de la Iglesia, entre infinidad de luces y flores, recibe la incensación de cada uno de los Ministros sagrados, que giran en torno, mientras el coro canta los sublimes troparios del dolor de la Iglesia y de la Virgen Madre desolada. Y al fin de la conmovedora ceremonia se va acercando el Clero, de dos en dos, y el pueblo detrás, con tres profundas reverencias al Sepulcro de Cristo. Al llegar a él, todos con unción besan el Epitafio y el libro de los Evangelios que reposa encima; y al retirarse, como recuerdo delicado, recibe cada uno alguna de las flores que embalsaman el sepulcro divino.

Procesión del Epitafio

No tengo ya espacio, como quisiera, para hacer un breve comentario de las estrofas soberanas que acompañan este lúgubre rito. Todas ellas devotas, mística y dogmáticamente bien sentidas exaltan los dolores de Cristo paciente, el precio infinito de nuestro rescate, y la esperanza cierta de una no lejana alborada de gloria.

Así, ya desde las sombras del Calvario, la bella liturgia bizantina hace desear al alma el rito por demás festivo del Sábado Santo, que desplegará sus galas otra vez con la Misa solemne de San Basilio, y del Domingo de Pascua con el grito y el ósculo, cientos de veces repetidos aún por las calles, del «Xristos anésti», «Christos voskrese», ¡Jesucristo ha resucitado!

¡Aleluya!

Roma, febrero 1947.

Manuel Candal, S. J.

Prof. del Pont. Inst. Oriental

Con las armas y las letras al servicio de la Cruz

Pasa la vida de Don Miguel de Cervantes como una sombra por el mundo: vive en el anónimo de su batallar guerrero, sin resplandecer entre las luces de nuestra Patria. Nacido descendiente de noble estirpe, su escuela había de ser la más humilde que en el mundo hay: la de la adversidad. Pero que es también la mejor de todas.

Adversidad que no arredra a Cervantes en ningún momento de su vida. Todos los obstáculos y todos los grandes fracasos son pocos para el genio y la firmeza del Príncipe de los Ingenios. ¡Cuánto le iba a costar el lograr el galardón merecido a sus hechos de armas, galardón que no logró, y cuánto más le iba a costar el escalar la penosa cima de sus triunfos literarios universales!

Sobre las adversidades y sobre los fracasos siempre sobrevive el espíritu batallador de Miguel de Cervantes. Y no podía ser de otra manera. Su espíritu era profundamente cristiano y quien verdaderamente lo posee nunca se deja abatir por nada ni por nadie.

Cuando su espíritu cristiano y español, y a la vez batallador, le impulsa a dejar la placidez del servicio de monseñor Julio Acquaviva por el noble servicio de las armas, sombras anónimas cubren su recio temple.

Con la compañía de Don Diego de Urbina embarca en la galera «Marquesa», hacia Lepanto. Enfermo y con calentura permanece en su puesto de combate. Su pecho y su mano izquierda, que queda inutilizada, reciben el fuego turco. Cervantes es ya el «Manco de Lepanto». En 1572 sienta plaza en el Tercio viejo de don Lope de Figueroa, que tiene fama en nuestra Historia de haber sido uno de los más bravos. Al año siguiente, junto a su hermano Rodrigo, forma parte en la expedición que, mandada por el vencedor de Lepanto don Juan de Austria, marcha contra Túnez.

La adversidad, señora de su vida, le imposibilita el lograr el grado de capitán, cuando en la galera «Sol» se dirigía a España a solicitarlo. Cae prisionero y es llevado en cautividad a Argel. La carrera de las armas es trunca por este acontecimiento para gloria y honor de la carrera de las letras.

Allí donde, en su época, la Cristiandad estaba amenazada, allí estuvo Cervantes contribuyendo personalmente a las empresas guerreras. Combatiente en Lepanto contra los turcos, combatiente en Túnez contra los musulmanes, ha de ser, tiempo después, comisionado proveedor de la poderosa flota que armó Felipe II para combatir a Inglaterra, que se proclamaba campeona de la herejía protestante.

Al revés de lo que él dice de su «Licenciado Vidriera», puede aplicársele a Cervantes: «... y se fué a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras, la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado». Si él fué, en verdad, «prudente y valentísimo soldado» de la cristiandad y de España, su vida, que había comenzado a eternizar por las armas, la acabó de eternizar por las letras.

Pero tampoco le fué fácil el camino literario. Su novela pastoril, «La Galatea», no alcanza el éxito que su autor esperaba. Se dedica, luego, de lleno a la poesía, pero el genio de Cervantes queda estrechamente encerrado entre la métrica y no logra las lisonjas del triunfo. Gran afición había entonces al teatro, recién salido a las lides literarias, y el antiguo soldado de los Tercios, sucumbe a la tentación de consagrarse a él. Nuevos fracasos. Y de las cerca de treinta obras teatrales que él mismo nos dice haber

escrito, sólo «Numancia» ha pasado a la posteridad con singular renombre.

Cifraba ya los cuarenta años y su genio se hallaba aturrido por el constante fracaso. Aprovechando su traslado a la Corte, que a la sazón se encontraba en Valladolid, donde había sido llamado, busca quien le pague la edición de «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha», concebido y principiado en la cárcel, «donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación». Nuevos fracasos en sus gestiones, que ¡al fin! logran convertirse en éxito cuando Miguel de Cervantes lee su obra al Duque de Béjar. Y «Don Quijote» se edita en Madrid y sale a la luz en 1605. Y lograr escalar muy pronto el primer puesto en la literatura universal.

Pero la adversidad también ha de poner su sello en este momento triunfal de Cervantes. Su penuria le obliga a vender sus derechos de propiedad del «Quijote» al librero Francisco de Robles. Y lo mismo hace, ocho años después, con sus «Novelas Ejemplares», por 1.600 reales.

Poco había de disfrutar el Príncipe de los Ingenios de la bien lograda fama que le había conseguido «Don Quijote de la Mancha». Los editores que antes no tenían ningún particular interés en las obras de Cervantes, ahora se apresuran a darle la primacía que le corresponde. Los últimos años de la vida del cuarto hijo de don Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, fueron los de su mayor fecundidad literaria, a la que se unió el continuo trabajar de las imprentas en la edición de sus obras. La muerte segó su vida a los once años de haber publicado el «Quijote», a los tres de haber visto la luz las «Novelas Ejemplares», la primera obra que conoce el público después de saborear las andanzas del hidalgo de la Mancha, a los dos años de haber aparecido el «Viaje al Parnaso» y al año de ser publicada la segunda parte del «Quijote», mientras escribía «Los trabajos de Persiles y Segismunda».

Y así como con las armas había puesto todo su celo en probadas empresas al servicio de la Cruz, también en las letras su amor a la verdadera Religión no había de desmerecer ni un ápice. Cuando escribe sus novelas un alto pensamiento le ilumina: quiere ser moralizador. Hasta el punto de pretender que en sus Novelas Ejemplares «no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso». Si plenamente no lo consigue, si algunas no pueden, en verdad, catalogarse como de plena bondad moral, vale de sobras el espíritu que animó a Cervantes, su recta intención, su buena voluntad, para colmar de elogios su labor y su propósito. ¿Quién sería hoy, desgraciadamente, el novelista que se atrevería a poner en un prólogo las palabras que puso el Manco de Lepanto en el suyo?

«Si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyere a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público», dice Cervantes, sintiendo en su alma el eco fiel de la doctrina y las palabras del dulce Jesús Nazareno, Redentor y Salvador de la humanidad.

Cuando en «Rinconete y Cortadillo» traza magistralmente el ambiente picaresco de su época, ambiente que fué cantera para la creación de uno de nuestros tipos clásicos de literatura, aun en él, tan poco propicio a las cosas santas, quiere sacar Cervantes un jugo moralizador, con su buena y fina ironía. Llena está la novela de las truhanerías de los pícaros, que alternaban su vida indeseable con el temor a Dios. Válganos como ejemplo algún

NOVELAS
EJEMPLARES
DE MIGUEL DE
Cervantes Saavedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNAN-
dez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva,
Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su
Majestad, Virrey, Governador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, Comendador de la En-
comienda de la Zarza de la Orden
de Alcántara.



Có privilegio de Castilla y de los Reynos de la Corona de Aragón.
EN MADRID, Por Juan de la Cuesta.
Vendese en casa de Fráncisco de Robles, librero del Rey nro Señor.

Portada reducida de la 1.ª edición de las *Novelas Ejemplares*
(Madrid, 1613)

párrafo de la conversación de Rinconete y Cortadillo con un guía que encontraron en su vida andariega:

«—¿Es vuesa merced por ventura ladrón?

»—Sí—respondió él—, para servir a Dios y a las buenas gentes...

»—Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente.

»A lo cual respondió el mozo:

»—Señor, yo no me meto en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

»—Sin duda—dijo Rincón—, debe de ser buena y santa, pues hace que los ladrones sirvan a Dios.»

El ladrón explica la vida que llevan los de su cuadrilla, en la que se mezclan actos piadosos. Y Cortado pregunta:

«—Pero dígame vuesa merced: ¿hácese otra restitución u otra penitencia más de la dicha?

»—En eso de restituir no hay que hablar...

»—Y ¿con sólo eso que hacen, dicen esos señores—dijo Cortadillo—, que su vida es santa y buena?

»—Pues ¿qué tiene de malo?—replicó el mozo—. ¿No es peor ser hereje, o renegado, o matar a su padre y madre, o ser solomico?...

»—Todo es malo—replicó Cortado...»

Para Cervantes y para su tiempo puede ser que sí, pero para nuestra época tienen igual paridad los católicos que los herejes. Es más, merecen más respeto y aprecio los herejes. Y aun más, si algún católico levanta su voz para defender la Verdad, muchos prohombres hay que levantarán la suya para decirle que se calle, que es un obscurantista, un tirano, un retrógrada, y muchos otros motes que no desdicen en nada de éstos. Nuestro mundo actual a los ladrones los mete en la cárcel, y a los herejes y renegados... Pero volvamos a nuestra novela.

Nada hay que pueda llamarse ejemplar en «Rinconete y Cortadillo». Pero Cervantes, describiendo la picaresca, quiere mostrárnosla con toda la desnudez que le permite

su ingenio literario y su conciencia cristiana. Y que viendo lo que es esa forma de vida, deduzcamos la consecuencia que él mismo saca, cuando nos dice que Rinconete «propuso en sí de aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta, y tan libre y disoluta» en la que «sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza, de irse al cielo con no faltar a sus devociones estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas a Dios».

De esta misma obra nos ha de decir, en 1905, Menéndez y Pelayo, en su discurso en la Universidad Central el 8 de Mayo, que «corre por las páginas del «Rinconete» una intensa alegría, un regocijo luminoso, una especie de indulgencia estética que depura todo lo que hay de feo y de criminal en el modelo, y, sin mengua de la moral, lo convierte en un espectáculo divertido y chistoso». Cervantes logra ese gran acierto: explicar la vida de lo que hoy llamaríamos bajos fondos o el hampa, sin un afán morboso, sin un regodeo en la criminalidad, sin un presentarnos a los malhechores como gente buena impulsada por la fatalidad. Cervantes, genio creador de un espíritu original y ejemplar en las novelas, hubiera de ser hoy espejo purísimo en el que se mirasen los novelistas contemporáneos, que no comprenden, o no quieren comprender, su género literario sin deslizar en él venenos morbosos, más criminales aun que los «horripilantes» crímenes que describen.

«He hallado en las «Novelas» de Cervantes un verdadero tesoro de deleites y de enseñanzas», escribía Goethe en una carta dirigida a Schiller. Deleites por la belleza del estilo y su humorismo sutil y sin par, enseñanzas por lo que encierran en sí sus obras.

En «La Gitanilla», viviendo en un ambiente tan poco propicio a la virtud, y de entre ellas sin duda la menos propicia es la castidad, nos deja el buen regusto del amor a la pureza y de su santidad y de la virtud premiada merecidamente. Cuando Preciosa encuentra a sus padres, la gitana vieja, que la hurtó de ellos y siempre la tuvo consigo, explica y muestra todo lo que puede identificar a la gitana y a su enamorado don Juan de Cárcamo, que vivía entre la gitanería por el amor de Preciosa. Y la gitana vieja «puso en su punto la honestidad de entrambos». Y al hablar el Corregidor con don Juan y decirle que su sentencia era de muerte, pero que antes quiere desposarlo con su prometida, le contesta el amador: «... yo adoro a esa gitana: moriré contento si muero en su gracia, y sé que no nos ha de faltar la de Dios, pues entrambos habemos guardado honestamente y con puntualidad lo que nos prometimos».

Esa veneración y ese amor a la honestidad, quedan también reflejados en «La española inglesa», que Cervantes concluye con estas palabras: «Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes, juntas y cada una de por sí, a enamorar aún hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos».

«El coloquio de los perros» es una sátira finísima, excelente, provechosa, de ciertos usos y personajes de su época, entre los que se cuenta la brujería, que Cervantes ataca burlescamente y demostrando su falsedad. Es un servicio más de entre los muchos que el cautivo de Argel prestó al cristianismo. Fernández de Navarrete, en su «Bosquejo histórico sobre la Novela Española», califica al «Coloquio» como la mejor obra cervantina después del «Quijote», y añade: «Precioso apólogo que tiene por fin y objeto hacer la más ardiente invectiva contra los vicios y abusos de varios ejercicios y empleos, ocultando bajo una ironía, al parecer ligera, eternas y profundas verdades».

Bastaría cuanto llevamos dicho para hacernos cuenta cabal de ese espíritu cristiano de don Miguel de Cervantes

Saavedra, que transpira a través de sus obras. Pero valga como epílogo, y como demostración máxima, los consejos que Don Quijote de la Mancha da a su escudero Sancho Panza para el gobierno de la insula: «Primeramente, ¡oh, hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada... Preciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio... Si tomas por medio a la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale... Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre... Muéstrate piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia... Encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos».

¿Cuántas lecciones provechosas pudieran sacar los gobernantes de tales sabios consejos? Sabios, por ser cristianos.

Su cristianismo, su religión católica, «que dispone suavemente las cosas», según palabras del mismo Cervantes, pudo hacer de Cervantes el genio sublime que es asombro del mundo entero. Y aun hoy puede llenar una gran laguna en nuestras letras contemporáneas. Entre una novela en la que caben todas las concupiscencias e inmoralidades, donde lo criminal y tenebroso ocupan el primer lugar, y otro estilo de novelas que, queriendo ser la antítesis de éstas, nos presentan una vida irreal, ilusoria, como de cuento, bajo la común denominación de novelas rosas, hay una gran laguna que llenar.

Esa laguna ha de ser la proyección contemporánea del estilo cervantino, de fondo auténticamente real, recargado

de donaire en la explicación y de ejemplaridad en la consecuencia de los hechos y en los hechos mismos. Esa novela realista, pero de verdadero realismo (1), es lo que le falta a nuestra literatura de hoy para no andar cojeando entre morbosidades y quimeras. Y quien ha palpado el pulso del público español sabe cuán bien recibida sería esa resurrección cervantina, tan acorde con el espíritu cristiano.

Con las armas y las letras sirvió Cervantes a la Cruz. «Alcanzar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas adherentes, que en parte yo las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida», nos dice Miguel de Cervantes, por boca de Don Quijote, en su discurso de las armas y las letras. Y ambos costosos caminos fueron los que eligió en su vida el Manco de Lepanto y Príncipe de los Ingenios.

Pero también la luz que irradió al mundo es prueba irrefutable «de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos». En un siglo de oro al que dan esplendores un Calderón y un Lope de Vega, un Rabelais y un Shakespeare, en Tasso y un Camoens, ha de ocupar el primer lugar en la literatura universal, primacía que hasta hoy nadie le ha disputado, un hombre, anónimo durante lo más florido de su vida, caballero de la adversidad, templado reciamente en el cristianismo, como don Miguel de Cervantes Saavedra, a quien todos rinden tributo de admiración y reconocen como a maestro ejemplar inigualable.

Luis Luna

(1) Este realismo está plasmado aun en el mismo «Quijote», donde, entre tantas y disparatadas aventuras, demuestra cumplidamente lo que hay de realidad en los libros de caballería: ingeniosidades, imaginaciones y locuras. Y en contraste con la vida de caballería, la vida real; que al lado de Don Quijote es Sancho Panza y al lado de sus aventuras fabulosas es la realidad de los hechos.

Las dos facetas del "Quijote"

El lector encontrará en este trabajo un extenso extracto de lo mucho que he escrito sobre Cervantes y el Quijote en libros, ensayos y artículos. Aquí he reducido a unidad lo disperso en publicaciones pertenecientes a diferentes épocas de mi vida. La premura con que CRISTIANDAD me ha invitado a colaborar en este número de homenaje al genial escritor con motivo de su Centenario, no me ha permitido escribir un trabajo expreso para esta ocasión.

A principios del siglo XVI, cuando se dió la forma definitiva al libro de Amadís de Gaula, la Caballería desaparecía del cielo de Europa envuelta en los fulgores de un melancólico ocaso. Había sonado ya la hora de enterrar definitivamente aquellas caras figuras de un arcaico ideal de heroísmo y gentileza que habían mecido durante algunos siglos los sueños de tantas generaciones. Los libros de caballerías significan el último esfuerzo para demorar por algún tiempo el hundimiento ineluctable de aquel caduco ideal de civilización, fueron como la última llamarada apoteósica del sol que ya se había ocultado entre arboles encendidos tras el horizonte. En aquel momento, la nostalgia del fenecido ideal que oprimía los corazones, ardió una última vez y prendió la llama creadora en el alma de los poetas. Para éstos se presentaban tres posibilidades para replasmar en nueva forma artística el ideal caballeresco en descomposición. Había primeramente la solución *seria*, que consistía en conservar el mismo espíritu en el antiguo caballero y el mismo carácter irreal y arbitrario en el ambiente de aquel mundo de ensueño; pero para

mantener vivo el interés, era preciso en aquel momento acentuar hasta la exageración los rasgos característicos de uno y de otro; el caballero se presentó idealizado hasta el delirio; el ambiente irreal hasta lo fantástico: esta es la solución representada por el *Amadís* y los libros de caballerías. Las dos posibilidades restantes tenían de común el destruir la armonía entre el Caballero y su mundo. Para ello, se presentaban dos soluciones. La primera de ellas era la *irónica* o *escéptica*, que consistía, substancialmente en infundir en el Caballero el espíritu del Renacimiento, realista y humano, conservando en torno suyo, sin embargo el mismo paisaje quimérico y maravilloso de la primitiva leyenda; el interés resulta entonces del rudo contraste entre lo maravilloso del ambiente y el escepticismo realista del poeta infiltrado en el héroe; y el efecto es eminentemente cómico. Esta es la solución escogida por la épica renacentista italiana de Pulci y Boyardo, que culmina en la obra genial del Ariosto. La segunda de las soluciones era la *humorística*, la más atrevida y trascendental; los términos se invierten; conserva el Caballero

toda la gravedad antigua hasta la caricatura, pero al mismo tiempo se renuncia al mundo fantástico que antes formaba su ambiente; es en el mundo real, es en los mismos paisajes de su tierra nativa donde el poeta hace mover a su caballero; para ello es preciso hacerlo loco; el interés resulta del choque brutal y continuo entre la idealidad delirante del caballero y la dura realidad del ambiente; choque muchas veces cómico, pero en el fondo siempre trágico, porque el caballero no combate con fantasmas o creaciones de la fantasía, sino con el mismo mundo real, con hombres de carne y hueso, con costumbres e institu-



ciones vivas en el suelo de su patria: esta es la genial solución de Cervantes.

El *Quijote* es, sin duda, uno de los libros más grandes de la literatura universal. Pero es también, sin duda alguna, el libro más cruel que se haya escrito jamás. Parsifal y Lanzarote, Tristán y Roldán, el Cid y Bernardo del Carpio, Palmerín y Amadís, reencarnados en la triste figura del hidalgo manchego, salen otra vez al mundo; pero esta vez al mundo real, para abrirse la cabeza contra los molinos y para resultar constantemente apaleados y molidos, burlados, escarnecidos y humillados por sus semejantes. El mundo ideal caballeresco se hunde finalmente entre las feroces risotadas de los hombres en el abismo tenebroso de la locura. ¡Suerte que este terrible ocaso de los dioses se nos presenta unguado por la sana, piadosa, comprensiva y humanísima sonrisa de Cervantes que atenúa discretamente la inexorable brutalidad con que trata al hijo de su fantasía! A pesar de ello, la impresión que todo lector de alma sana saca del *Quijote*, coincide con la de Heine, que decía que su lectura le hacía llorar más que reír.

Cervantes no emprendió su obra por exclusivo odio a los libros de caballerías. Por el contrario, él se declara su ferviente admirador. Tieck, el romántico alemán, dijo muy profundamente que no se posee al ser amado sino a partir del momento en que se descubre en él algún rasgo risible.

Y este es el caso de Cervantes. Cervantes no se burla ni se ríe de los Amadises y de los Palmerines; se ríe y se burla con ellos como si, ya vueltos a la conciencia de su propio delirio, le dictasen la misma sabiduría extraída del fondo de la locura con que él ha acentuado, o mejor dicho, estilizado en don Quijote, la frenética idealidad de sus antecesores. La sublimidad de las hazañas de los grandes paladines de la poesía caballerescas, se transforma en el *Quijote*, en la nota trágica y cómica más profunda al presentar al hidalgo manchego en la liza alentando la absurda aspiración de vencer al mayor y más invencible monstruo que imaginarse pueda: la ineluctable fatalidad de la historia, que tiene marcada la hora del nacimiento, la evolución y la muerte de cada uno de los ideales de la civilización. Don Quijote sale al mundo con la aspiración de resucitar un ideal que ya había entrado en el reino de los muertos, empresa sobrehumana que ninguno de los caballeros predecesores suyos había osado acometer: de aquí la enorme comicidad y la profunda tragicidad de la obra de Cervantes. El gran hidalgo manchego vino al mundo de la ficción poética para entonar el canto del cisne de la Edad Media. Los cantares de gesta, las proezas de los héroes carolingios, las bizarrías de los caballeros del Rey Artús, los arrestos de los paladines del Romancero despiden en el *Quijote* un postrer y melancólico destello de sol poniente. Toda la concepción de la dignidad humana definida en el código de la Caballería, es en el *Quijote* objeto de un adiós empapado de lágrimas. ¡Qué contraste con el íntimo sentido optimista de resurrección y de reencarnación que adquiere en el teatro de Lope de Vega y de sus sucesores la presencia viva del Caballero Español, no resignado a morir ni a desaparecer, antes palpitando con un nuevo brío vital, dispuesto a readaptarse siempre a los nuevos ambientes de la historia y afirmando su ansia de inmortalidad para capacitarse a nuevas resurrecciones y nuevas reencarnaciones en el futuro de su pueblo! Y es que Cervantes veía el ideal caballeresco desde el plano universal y cosmopolita, mientras Lope lo consideraba desde el plano exclusivamente nacional y español.

Don Quijote en rigor no tiene nada de original. Todos los elementos vivos de su personalidad los encontramos en los grandes caballeros arquetípicos de todas las literaturas europeas medievales. Lo original en el *Quijote* es, primeramente, la síntesis de todos estos rasgos característicos del caballero, que hizo su creador, y su idealización hasta la caricatura; y en segundo lugar, como hemos ya observado, la trágica antítesis del Caballero ideal con el mundo real. Para hacer más verosímil este choque, Cervantes no tuvo otro remedio que presentar al Caballero como loco.

Cervantes no hizo más que seguir y llevar hasta sus últimas consecuencias humorísticas, la corriente irónica aplicada a la poesía caballerescas, que se había iniciado en Italia en la última elaboración de la materia épica y la aplicó a la elaboración española representada por el *Amadís*, cuya idealidad tan grave, tan austera, presentaba tantos puntos vulnerables a la ironía y al humor. Así podríamos decir que en el *Quijote*, la materia es española, pero la forma, esto es, la interpretación del Caballero, es italiana. Es el *Amadís* transformado, caricaturizado por la transfusión del espíritu escéptico y corrosivo del *Orlando*. La pureza de Amadís es llevada por Cervantes con la más refinada crueldad hasta un maximalismo moral en pugna con la miserable realidad ambiente. Jamás se ha dado en una obra de arte un contraste más audaz, un choque tan rudo, una oposición tan absoluta entre los dos polos complementarios de toda obra de arte: lo ideal y lo real, el ensueño y el mundo. Uno y otro chocan rudamente, sin cesar, cada vez en nuevas formas, y en este violento choque estalla tumultuosamente la risa hasta las lágrimas y saltan las lágrimas hasta la risa, relampaguean chispas terribles de ironía y de piedad, de hilaridad y de sarcasmo;

y todo bajo el dominio absoluto del genio creador, que aun rebosando simpatía apasionada hacia los hijos de su fantasía, los azota y los persigue con las burlas más crueles del destino, y no pierde nunca esta luminosa serenidad de los espíritus privilegiados por los que pasan las más inefables dichas y las más atroces amarguras sin alterar su impasible actitud de contemplación compasiva e indulgente, frente a la vida humana.

Pero el *Quijote* es una creación tan inmensa y tan compleja, que el que quiere estudiarlo a conciencia, descubre a cada paso nuevas e importantes facetas. Y una de las más importantes es la picaresca, que constituye el complemento de la caballería y viene a ser el reverso de ésta.

Lo picaresco en el *Quijote* no se puede aislar. Es algo que se halla difuso en el ambiente social y moral del libro; y aun más exactamente, es algo que integra esencialmente la misma génesis, la misma concepción original de éste. Si bien se considera, uno de los problemas más arduos que presenta el *Quijote* es precisamente el de llegar a trazar la frontera que une y separa a la vez en su composición el campo de lo caballeresco y el de lo picaresco. Este problema, sin calificar con estos términos precisos a sus dos factores, fué ya visto perspicazmente por algunos de los intérpretes románticos que comentan con pasión el dualismo evidente que ofrece en su espíritu y en su forma la gran creación cervantina.

Como ya observó Heine, Cervantes introdujo en los libros de caballerías el mundo realista y popular; y, como dice sagazmente el mismo escritor, Cervantes no aisló ni prefirió este segundo elemento, sino que se limitó a acercar lo ideal a lo vulgar porque el uno sirve para matizar e iluminar el otro.

La comparación atenta de la primera con la segunda parte del *Quijote* confirma plenamente la fina observación de Heine. La diferencia esencial entre una y otra estriba principalmente en que en la primera la fe del loco Caballero que no está confirmada por el mundo y por la experiencia, tiene un fondo de vacilación, mientras que en la segunda esta fe es firme y segura al recibir la plena confirmación de los burladores. Así resulta que es el mundo picaresco, precisamente, el que en el plan de Cervantes tiene la misión de confirmar en el Caballero la fe en sí mismo. La prueba más concluyente de esto nos la suministra el mismo texto de Cervantes. En efecto, el Caballero de la Triste Figura, en la segunda parte, llegado ya a la celebridad merced a la publicación de la primera parte, y del *Quijote* de Avellaneda, es recibido por los Duques de acuerdo con el ceremonial usado en las costumbres caballerescas. Al llegar a este punto de la narración, el autor escribe, con significativas palabras, que entonces y sólo entonces «de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero». He aquí, pues, la finalidad, la alta misión de los pícaros y todos sus adláteres en el libro cervantino: infundir con sus burlas y sus embelecos en el loco Caballero la plena conciencia de su noble misión. Ya el solo hecho de burlarse el mismo autor de su protagonista presentándolo como loco y exponiéndolo al ludibrio de sus semejantes, tiene un acentuado sabor picaresco. Y la intención picaresca resulta aún más subrayada en la segunda parte cuando ya no es el autor solamente, sino sus personajes los que se constituyen en burladores del generoso hidalgo, y no solamente es éste el que se engaña, sino que es engañado por los demás.

Para llegar al núcleo vital de la significación del gran libro cervantino no basta, sin embargo, examinar atentamente su concepción, ni tampoco hurgar en las íntimas intenciones del autor, reveladas o dejadas traslucir en las confesiones más o menos explícitas que se le hubiesen podido deslizar en el mismo texto. El problema es más vasto y más complicado. Y la luz no puede hacerse plenamente en esta cuestión si no ponemos en relación el *Quijote* con el ambiente intelectual de la época en que fué

escrito y en el de las inmediatas anteriores, y con las corrientes literarias dominantes en aquel entonces. Esto es lo que hizo Hegel, según el cual, el *Quijote* representa ante todo la descomposición del fundamento histórico y vital de la Edad Media. El antiguo entusiasmo por los ideales de la Caballería se desvanece y acaba por ser corroído por la ironía. Pero esta ironía —tan excelsamente expresada por el Ariosto y que en Cervantes se eleva al plano superior del humorismo— deja transparentar aún un gran sentimiento de pesar y de nostalgia que persiste por debajo de todos los estallidos de la risa provocada por la caricatura del ideal caballeresco. Si Don Quijote no resulta ridículo, aunque sí grotesco, es porque él expresa los mismos anhelos y los mismos sueños secretos del autor. Si Cervantes tiene la inteligencia ganada por el cambio de rumbo de la civilización y de la cultura determinado por el Renacimiento, en lo más íntimo de su corazón, en cambio, brilla todavía atractivo y fascinador, el hechizo de los ideales pretéritos. Es el contraste entre la verdad interior y la verdad exterior lo que, según Hegel, hace la grandeza del gran libro de Cervantes.

Hemos de alinear, pues, el *Quijote* en la larga serie de las más importantes manifestaciones literarias de la honda crisis que los ideales de la Edad Media sufrieron en el período del Renacimiento. Si queremos extraer el oro de su íntimo sentido, tenemos que colocarlo dentro del nimbo de luz uniforme que ilumina toda la constelación de grandes obras literarias nacidas bajo el mismo signo del Zodíaco intelectual: el *Morgante* de Pulci, el *Orlando innamorato* del Boyardo, el *Orlando furioso* del Ariosto, las poesías burlescas de Lorenzo de Médicis, las del barbero florentino Domenico de Giovanni, las comedias del Ariosto, de Machiavelli y del Aretino, los poemas parodísticos en latín macarrónico (sobre todo el *Baldus*, en que el héroe es un personaje grotesco, chiflado también, como Don Quijote, por la lectura de los libros de caballerías y protagonista de grandes hazañas burlescas) de Teófilo Folengo, la poesía caricaturesca de Francesco Berni, la *Disputa del Asno* de Anselmo Turneda, el *Tirant lo Blanch* de Joanot Martorell, los libros de Rabelais y los *Ensayos* de Montaigne. Todas estas obras, y otras que aun podríamos citar, están hermanadas por una nota común: la ruptura con la tradición espiritual de la Edad Media, expresada principalmente por la actitud irónica y escéptica que adoptan los autores frente al arcaico ideal caballeresco, convertido en pretexto para el juego regocijado de la fantasía y en estímulo del instinto de caricatura. Toda la concepción del *Quijote* está enraizada en esta interpretación burlesca de la espiritualidad medieval, que alimentaba las corrientes literarias del Renacimiento.

En ninguna obra de la literatura renacentista se presentan en una oposición y al mismo tiempo en una síntesis tan maravillosa como en el *Quijote*, los elementos representativos del espíritu aristocrático, heroico, medieval, y del espíritu popular, antiheroico, renacentista respectivamente: el caballeresco y el picaresco. Con una luz verdaderamente cruda se destaca este contraste en el gran libro de Cervantes. El caballero quiere lo que debe ser; el pícaro acepta lo que es. El caballero se impone por su voluntad y por su idea; el pícaro se impone por su astucia y por su sentido práctico. El caballero se evade del mundo para imponerle una realidad superior; el pícaro se evade también del mundo pero para burlarlo y acomodarlo a su holganza y conveniencia. El caballero es el estoico del *sustine*; el pícaro es el estoico del *abstine*. El *Quijote* nos presenta al Caballero concentrado en una sola figura y al Pícaro fragmentado en una muchedumbre de los más heterogéneos personajes. En el *Quijote* lo caballeresco está en el protagonista; lo picaresco está en el ambiente.

Pero Cervantes no podía realizar su ambicioso designio satírico manteniendo a su caricaturesco personaje en pleno uso de la razón, desde el momento que en su plan

era esencial rodear a su Caballero de un ambiente de realidad y actualidad picaresca. Para producir el choque de su Caballero, idealizado hasta la caricatura, con la realidad ambiente, le era indispensable hacer loco o medio loco a su héroe. He aquí el fundamento de la locura o semi-locura de Don Quijote, que, por lo demás tenía el precedente del *Orlando furioso*. Cervantes no hizo completa su locura para dar lugar a poner en los labios del Caballero su propia filosofía de la vida. Por esto Cervantes hizo de él «un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos», un hombre original cuya característica era «hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas que borran y deshacen sus hechos». De aquí el contraste agudo en el mismo Don Quijote entre el íntimo pensar y sentir del caballero («casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida defenderla») y sus dementes hazañas y extravagantes empresas.

España no es meramente el país de Don Quijote, sino el pueblo de Sancho, como observó Ramiro de Maeztu. Y el sentimiento antiheroico, esencialmente picaresco, representado por el escudero del generoso hidalgo, se refleja en toda la extensión de la obra precisamente en el ambiente social, que tiene por centro vivo la figura de Sancho, en la cual, podríamos decir, el pícaro, mozo de muchos amos, se redime haciéndose criado perpetuo y fiel hasta la muerte, de uno solo. «Don Quijote se propone vencer al pícaro», dijo acertadamente José M.^a Salaverría. Pero habría que añadir que al propio tiempo Cervantes se propone vencer al Caballero, como encarnación del espíritu anacrónico de la Edad Media, por medio del pícaro. Y si Don Quijote sale derrotado en su propósito, Cervantes, en cambio, logra salir triunfante con el suyo, gracias precisamente a esa derrota.

Entre los personajes picarescos de nuestra literatura del Siglo de Oro han de contarse los *graciosos* del teatro. Esto da pie a una consideración que puede ayudar a definir el verdadero carácter y significado del libro de Cervantes. Imaginémonos en el teatro clásico español unas comedias en las que el autor en lugar del caballero y de su ambiente social, hubiera puesto en primer plano a su contrafigura, el «gracioso» y a su respectivo ambiente. Aun más, imaginémonos que no sólo el «gracioso» y sus adláteres son figuras jocosas, sino que lo es la misma figura del caballero a quien sirve, al que el autor presenta como una caricatura y al que hace blanco de su ironía. En este caso hubiera resultado un tipo de comedia ultrapicaresca. Pues bien, lo mismo, exactamente, pasa con el Quijote. En esta novela no sólo pasa al primer plano el «gracioso» y el mundo que le rodea: Sancho y toda la gente menuda que pulula por la novela, sino que, además, la figura del héroe, del Caballero, es objeto de risa y chacota para todos los personajes más o menos picarescos que topa en su camino. Cervantes entrega con refinada crueldad su Caballero a las burlas despiadadas del vulgo. ¡*Ecce homo!* El destino de Don Quijote es perecer a manos de los pícaros de toda ralea. El Pícaro español encuentra así su supremía aventura, la más rara y extraordinaria de todas las posibles, cuando ve caer en su mundo, como llovido del cielo, a un «auténtico» caballero andante atacado de la más rara y peregrina locura, que le dará ocasión para un inextinguible regocijo. Así, pues, el *Quijote*, no sólo es plenamente una novela picaresca, sino la más fundamentalmente picaresca de todas, una novela superpicaresca.

Como hizo notar Hegel, el héroe aventurero y exaltado del libro cervantino se halla sumergido en un medio ambiente perfectamente definido, en una realidad exacta-

mente descrita. En otras palabras, en el Quijote lo caballeresco se halla sumergido en lo picaresco.

Resumen y conclusión de todo lo dicho son las siguientes afirmaciones.

El *Quijote* es una novela de ambiente, fondo y sentido picaresco.

Se diferencia de la novela picaresca en que su protagonista no es un pícaro, sino una víctima lastimosa del picarismo. Si en las otras novelas picarescas el protagonista es un pícaro que pasa de las manos de un amo a las de otro, en el *Quijote* es un amo que pasa de las manos de unos pícaros a las de otros. Entiéndase bien: no todos los sujetos que encuentra Don Quijote en sus andanzas son verdaderos pícaros; pero lo son por su sentido antiheroico que les lleva a burlarse del Caballero redivivo en el hidalgo de la Mancha.

En el *Quijote* se emplea la misma técnica narrativa de las novelas picarescas. Como en éstas no hay en el libro cervantino evolución de un conflicto, de un problema, de un ser humano. Don Quijote no evoluciona propiamente, pues no tiene evolución espontánea e interior; se limita a cambiar en su actitud, exclusivamente a tenor de las reacciones con que responde a los hechos externos. Un loco no evoluciona en su locura, pues ésta es tal locura por ser precisamente una idea fija. Como en las novelas picarescas, en lugar de evolución, hay solamente una sucesión cronológica de aventuras, una cinta de episodios, yuxtapuestos unos a otros, sin ilación causal ni orgánica, que podría desarrollarse indefinidamente.

Lo más interesante en el *Quijote* para nosotros, hombres modernos superintelectualizados, llenos de prejuicios trascendentalistas contagiados de los románticos alemanes, es, sin duda alguna, la significación que puede ocultarse en la figura del Generoso Hidalgo. Pero para Cervantes tanto o más interesante que su héroe era el mundo de las gentes humildes que aparecen por todos los rincones de su obra y que él había aprendido a conocer y amar por los caminos dolorosos de su vida accidentada. Es cierto que en el *Quijote* y sus demás obras pinta también hombres de elevada alcurnia y de alto linaje. Pero sus preferencias van decididamente hacia los desheredados de la fortuna, hacia esos arrieros, licenciados, galeotes, zagales, bandoleros, estudiantes, labriegos y maritornes, hacia todas esas gentes que viven a la buena de Dios, exentos de la mortal congoja de la humana previsión, libres como los pájaros, poetas que aceptan la vida como un divino juego de azar, en el que la dicha y el dolor llueven sobre la cabeza del mortal directamente enviados por la mano de la Providencia. En las obras de Cervantes, los caminos de estas gentes, que aman la vida por la vida misma, se cruzan y entrecruzan en combinaciones sorprendentes, en que lo extraordinario es ley y lo inesperado la única norma, siguiendo sendas por las que el destino desenvuelve sin trabas su indescifrable juego. El alma de Cervantes, acibarada por el triste espectáculo que la miseria humana despliega en la vida de los poderosos y de los mimados por la fortuna, vuelve la espalda al mundo de las vanas ambiciones y de las envidias ruines, y fija sus ojos sonrientes y piadosos en las almas primitivas de los humildes y menesterosos, en los que la vida retoña con una espontánea e inagotable pujanza en el choque continuo y violento de los instintos elementales.

El *Quijote* puede definirse como la única novela picaresca escrita con sentimientos de piedad. Pero esta piedad cervantina se concentra toda en esas gentes humildes que forman el ambiente picaresco de la obra, en vivo y brutal contraste con la crueldad con que trata al demente hidalgo no en cuanto hombre vivo, sino como símbolo de edades ya pasadas, caído en descrédito ante el empuje de la victoriosa corriente renacentista.

Manuel de Montoliu

La España de los siglos XVI y XVII a través del Quijote

Pocos libros habrán sido probablemente objeto de tan contradictorios y apasionados comentarios como el que narra las memorables aventuras del «Ingenioso Hidalgo» manchego. Sobre la obra maestra cervantina, se han derrochado, amén de atinadas y justas observaciones, las elucubraciones del más aparatoso y vacío intelectualismo, con el ánimo confesado de desentrañar el sentido recóndito y vergonzante que, según los pseudocríticos, oculta la novela. ¡Hasta se intenta presentarla como una genuina manifestación de un estado de conciencia antirreligioso y por ende antiespañol! Ni más ni menos que si de un escrito jeroglífico se tratara, apto sólo para ser leído por un reducido cenáculo de elegidos. Siguiendo tan espinoso sendero de flamantes «descubrimientos», se ha entrado a saco en lo más recóndito del pensamiento del autor, hurgando hasta lo íntimo del alma del artista incomparable, para salir a la pública luz con las más atrevidas y absurdas teorías.

Quienes desfiguran así la genial creación literaria, ignoran a ciencia cierta la raíz profunda del espíritu español en aquellos siglos que vieron nacer, alcanzar el cénit, e iniciar la decadencia, del mayor imperio—por su idealismo profundo y por su gloriosa fecundidad—que jamás han visto los tiempos; y es en gracia de una interpretación escéptica y materialista de lo humano, que se han atrevido a lanzar sobre el inmortal escritor, extraños calificativos que llenarían de indignación aun al mismísimo bonachón de Sancho.

«No te metas en dibu—, Ni en saber vidas aje—», grabó Cervantes en el frontispicio de su obra, saliendo así al paso, y no por cierto intencionadamente, a los glosadores sabihondos que trataran de conquistar los laureles de la fama, apoyándose con dudosas intenciones en la simpática y dolorida figura de Alonso Quijano *el Bueno*.

Pero, además, la intención de Cervantes al escribir el *Quijote*, queda repetidamente especificada en el Prólogo de su obra, con diáfana claridad. En boca de un supuesto amigo, no se cansa de advertir al lector de la finalidad que le ha impulsado a tomar la pluma para trazar las extraordinarias aventuras de su héroe: Todo el libro, dice, «es una invectiva contra los libros de caballerías»; y más adelante declara: «esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías», añadiendo casi a renglón seguido: «llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada destes caballescros libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más», para concluir: «si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco». Y no obstante la afirmación de Menéndez y Pelayo de que el *Quijote* es «el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto» (1), porque Cervantes supo impregnarse de la «esencia poética indestructible» que anidaba en tales libros, disipando lo «quimérico, inmoral y falso» de los mismos, las palabras del glorioso novelista quedan incommovibles, cuando se trata de aquilatar el objetivo que dió vida a su estupenda ficción, objetivo que nunca desechó y que hasta en las últimas líneas de la novela remachó de nuevo: «yo

quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna» (2). Tal era el aborrecimiento que sentía Miguel de Cervantes hacia aquellos libros, que por boca del ama llega a encomendarlos ¡a Satanás y a Barrabás! (3).

Los impenitentes cultivadores de la leyenda negra en el extranjero—también en España podríamos encontrar, por desgracia, cómplices calificados—, en su afán de herir al pueblo español, desacreditando su misión histórica universal y desprestigiando la más noble y más estupenda de las realizaciones imperiales, pasaron por encima de las advertencias y explícitos propósitos del que fué ilustre soldado en la epopeya de Lepanto, y no vacilaron a presentar a Cervantes, desde un buen principio, como adelantado mayor de sus deleznales planes; y lo llevaron a efecto, al parecer, con tal bagaje de argucias y tan atractiva presentación, que incluso en nuestros días nos ha sido dable poder leer acusaciones tremendas contra la obra



«Púsose Sancho de rodillas...» (P. 2.º, cap. XXIX)

cervantina, hasta llegar a ser calificada, siguiendo tales directrices, de funestísima para la juventud española.

No podemos ignorar el atractivo que encierran elucubraciones semejantes. La presentación ante la curiosidad de los no iniciados de imaginativas soluciones sobre supuestos episodios clave, que según tales críticas encierra

(1) Menéndez Pelayo, *Interpretaciones del Quijote*. Discurso leído en la Real Academia Española, en 29 de mayo de 1904. Obras Completas, tomo VI.

(2) Parte 2.º, cap. LXXIV.

(3) P. 1.º, cap. V.

el *Quijote*, no deja de ser para sus autores altamente halagador; pero frente a tamaños infundios hay que oponer, en primer término, la observancia de las leyes de justicia y de caridad, que no permiten lanzar suposiciones que puedan dañar el buen nombre ajeno; además, la sana crítica y un elemental buen gusto, exigen que toda obra sea considerada con la inteligencia libre de prejuicios, no presumiendo cosa distinta de la que fluye del sentido natural y conciso del lenguaje. Claro que para comprender ciertos pasajes y determinadas frases del *Quijote*, se impone inexorablemente un conocimiento bastante profundo de la sociedad española de los siglos XVI y XVII; sólo así



«Al tiempo del caer, se encomendó a Dios...» (P. 2.º, cap. LV)

se llegan a explicarse algunos conceptos y situaciones, que en la actualidad podrían ser objeto de sorpresa, cuando no de escándalo.

Pero, ¿por qué no buscar en el propio *Quijote* datos suficientes que pudieran ayudarnos a comprender el sentir del alma del pueblo español en aquellas fechas? La pregunta no creemos que encierre mayor dificultad: si el pueblo leía en los tiempos de Cervantes, el *Quijote*, habrá que deducir que en este libro se condensan las esencias puras de la raza, y que lo que en él se expresa no es más que la transcripción de la misma vida popular.

Que la «historia» de don *Quijote* era leída por el pueblo, nos lo dice el propio Cervantes por boca del bachiller Sansón: «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gente, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «allá va Rocinante» (4).

Leyendo con atención la incomparable novela, parece como si sintiéramos latir el corazón de los personajes, como si a nuestros ojos les fuera dado poder contemplar los sucesos tan magistralmente narrados, y —eso importa más en este instante para nuestra intención— como si surgiera maravillosamente a través de lo accidental, el sentimiento de profunda catolicidad de la sociedad hispana.

¿Puede ser de provecho tal estudio? No es temerario el suponerlo. Nuestra labor en el presente artículo se reduce, siguiendo tal criterio, a presentar algunas citas, de las muchas que podrían hacerse, sacadas de la obra imperecedera, que según nuestro sentir ponen de manifiesto el espíritu cristiano de nuestro pueblo en aquellas lejanas fechas. Si el resultado no corresponde al propósito, no se

(4) P. 2.º, cap. III.

tilde a éste de atrevido, acúcese en todo caso al afán de aportar una modesta contribución, sin duda alguna la más modesta, al homenaje que se tributa al genio inmenso de Miguel de Cervantes, en la conmemoración centenaria de su nacimiento.

* * *

En primer lugar, hay que hacer resaltar que en el pensamiento de Cervantes, don *Quijote* es un hidalgo de profunda fe cristiana, de la cual da repetidas muestras a través de su locura.

Cervantes lo dice expresamente en varios momentos de la obra; por ejemplo en el descenso en la cueva de Montesinos: Don *Quijote* corta unas malezas que impedían la entrada de la cueva, saliendo de entre las mismas, gran cantidad de cuervos y grajos, lo que no arredra al valeroso caballero, aunque «si él fuera tan agorero como católico cristiano lo tuviera a mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante» (5). En otro capítulo subraya por medio de Sancho los sentimientos de su personaje. Ocurre la escena después de la destrucción del retablo de Maese Pedro; Sancho se dirige a éste, diciéndole: «Te hago saber que es mi señor Don *Quijote* tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas» (6).

Este espíritu se destaca igualmente en otras situaciones de la novela, ora en boca de D. *Quijote*, ora en la de su escudero; lo vemos principalmente en el fervor con que se encomiendan a Dios antes de dar principio a nuevas aventuras. Por cierto que resulta muy interesante en este aspecto, un jugoso diálogo que, en la primera parte de la obra, mantiene Vivaldo con nuestro caballero; diálogo que al parecer tuvo consecuencias, como tendremos ocasión de observar.

Dice Vivaldo: «Una cosa, entre otras muchas, me parece muy mal de los caballeros andantes, y es: que, cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse a Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devoción como si ellas fueran su Dios; cosa que me parece que huele algo á gentilidad.» No parece tomar muy a gusto D. *Quijote* la observación de Vivaldo, y replica: «Eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese», pero añade: «No se ha de entender por esto que han de dejar de encomendarse a Dios; que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra.» No queda convencido Vivaldo de la explicación de D. *Quijote*, haciendo especial hincapié en que muchas veces no queda tiempo al caballero de encomendarse a Dios en el transcurso de la pelea. Y añade: «Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose a su dama las gastara en lo que debía y estaba obligado como cristiano» (7).

La observación de Vivaldo no cayó en saco roto. Obsérvese como antes de iniciar la aventura de la cueva de Montesinos, D. *Quijote* «se hincó de rodillas y hizo una oración en voz baja al cielo, pidiendo a Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella, al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ¡Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso!...» (8).

(5) P. 2.º cap. XXII.

(6) P. 2.º, cap. XXVI.

(7) P. 1.º, cap. XIII.

(8) P. 2.º, cap. XXII.

También en la «batalla» frustrada entre D. Quijote y el lacayo Tosilos, aparece la cristiana invocación. Dice el autor: «Finalmente, D. Quijote, encomendándose de todo corazón a Dios nuestro Señor y a la señora Dulcinea del Toboso...» (9).

Pero no es sólo D. Quijote; Sancho invoca también la ayuda del cielo, cuando él o su señor se encuentran en grave trance. «¡Dios te guíe y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes!», dice el fiel escudero cuando D. Quijote empieza a descender en la cueva de Montesinos (10).

En la aventura del barco encantado y en el momento en que D. Quijote esgrime su espada en el aire contra los molineros, «púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro», y más tarde, al ser sacados amo y escudero del agua por los molineros, «Sancho, puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió a Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor» (11).

Vuelve Sancho de la insula, en donde ha acreditado sus dotes de gobernante; en el camino, cae con su rucio en una sima, «y al tiempo del caer, se encomendó a Dios de todo corazón, pensando que no había de parar hasta el profundo de los abismos». No fué así por lo que «viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias a Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho» (12).

Admirable y donosa por lo demás, resulta la reflexión hecha por Sancho a su amo antes de la aventura de los batanes: «no es bien —dice Sancho— tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y bastan los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuí» (13).

Pero el cristianismo de Don Quijote, no es meramente discursivo, es algo que fluye de las entrañas del pueblo, algo que había alcanzado plena madurez en el espíritu de Cervantes, pues solamente en este grado, era capaz el autor de infundir en sus personajes la reciedumbre de doctrina de que, en varias ocasiones, da pruebas el ingenioso caballero andante.

El discurso de Don Quijote sobre la guerra justa, trasluce a nuestro entender, el verdadero pensamiento popular de su tiempo: «Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas —dice Don Quijote—, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica...» (14). ¿No recuerdan estas palabras aquellas del P. Ribadeneyra: «En estas jornadas, señores, se encierran todas las razones de justa y santa guerra que puede haber en el mundo...; si bien se mira hallaremos que es guerra defensiva, en la cual se defiende nuestra sagrada religión y santísima fe católica romana?» (15). Pero sigue Don Quijote platicando: «el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen; mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir no lo es sino para aquéllos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así, no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla...». El escudero, rompe el hilo del discurso, con un pensamiento de honda

significación: «El diablo me lleve —dijo a esta sazón Sancho entre sí— si este mi amo no es tólogo; y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro».

No es esta la única vez, que Sancho hace semejantes observaciones. En la primera parte de la obra, a raíz de la desaparición de las alforjas en las que llevaban las provisiones, dice Don Quijote: «... Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire, ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los



«En fin, llegó el último de don Quijote...» (P. 2.ª, cap. LXXIV)

buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y justos. —Más bueno era vuestra merced —dijo Sancho— para predicador que para caballero andante» (16).

Por cierto que las palabras de Don Quijote —de indudable inspiración evangélica, como en otros pasajes— las repetirá más adelante Sancho al ensartar una de sus series de refranes: «las avechitas del campo tienen a Dios por su proveedor y dispensero» (17). Porque Sancho, dentro de sus lindezas, es fervoroso creyente; lo hemos indicado ya, pero lo manifiesta expresamente al responder con la mayor dignidad a una desconsiderada suposición de su amo: «Juzgue vuesa merced, señor, de sus caballerías —respondió Sancho— y no se meta en juzgar de los temores o valentías ajenas; que tan temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino» (18).

Don Quijote —digan lo que quieran los que se han devanado los sesos tratando de sacar maligna intención en la conocida frase, «con la Iglesia hemos topado, Sancho», que en buena lógica no quiere significar más que lo que dice, y se deriva del contexto— Don Quijote, decimos, es hombre respetuoso, dentro de su locura y a pesar de la misma, de la Iglesia y de sus ministros. Vean si no, el remordimiento que atormenta su conciencia después de haber amenazado con la punta de su lanza a un clérigo, en la aventura del cuerpo muerto. «Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud, si quis suadente diabolo*, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más, que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo» (19).

Este respeto a la Religión y a las disposiciones eclesiásticas, refleja de un modo claro y terminante, el sentir

(9) P. 2.ª, cap. LVI.

(10) P. 2.ª, cap. XXII.

(11) P. 2.ª, cap. XXIX.

(12) P. 2.ª, cap. LV.

(13) P. 1.ª, cap. XX.

(14) P. 2.ª, cap. XXVII.

(15) Pedro de Ribadeneyra, S. I. *Exhortación sobre La Invencible*.

(16) P. 1.ª, cap. XVIII.

(17) P. 2.ª, cap. XXXIII.

(18) P. 2.ª, cap. XX.

(19) P. 1.ª, cap. XIX.

popular. En aquellos años no había de causar la más mínima extrañeza la reflexión de nuestro hidalgo, porque representaba la reacción natural del hombre corriente, miembro de una nación que sentía sin duda alguna la misión providencial a que había sido llamada dentro de los planes de Dios. Otro pasaje nos hará ver mejor el sentimiento filial de obediencia hacia las normas disciplinarias de la Iglesia, de los españoles de entonces.

Prepárase la lucha, anteriormente mencionada, entre Don Quijote y el lacayo Tosilos, en los dominios del Duque. Pero antes de dar comienzo a la aventura —también allí la locura de Don Quijote le hará suponer la intervención de encantadores enemigos—, el Duque ordena que se quiten los hierros de las lanzas, fundamentando su decisión en «que no permitía la cristiandad de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del Santo Concilio [alude concretamente al de Trento], que prohíbe los tales desafíos». Don Quijote, «como católico y fiel cristiano» que es, «dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido: que él le obedecería en todo» (20).

En el aspecto que estamos examinando— valga la palabra— el *Quijote*, encontramos, adentrándonos en la segunda parte de la obra, un párrafo que llama inmediatamente la atención. Es aquel en que Don Quijote después de afirmar por enésima vez su condición de «católico cristiano», dice que es «amigo de hacer bien a todo el mundo»; y prosigue: «que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta hacer bien a las ánimas del purgatorio se extiende» (21). Las palabras de Don Quijote, no dejan de llamar la atención. ¿Es posible que a tal extremo llegue su locura que pretenda nada menos que deshacer entuertos, incluso entre las ánimas del purgatorio? Si no a fruto del desvarío del personaje, habría que atribuirlo a un exceso de imaginación del autor. Pero he aquí que al cabo de algunos capítulos, aparece explicada la intención que da Don Quijote a su gesto caballeresco, que ni en la tumba halla obstáculos para «hacer bien». Dice Don Quijote: «pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo será para acorrer y ayudar a los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios»; insiste, pues, en sus mismas ideas, pero a renglón seguido las aclara dentro de la más pura ortodoxia, y de acuerdo con el sentir de la Iglesia y la más pura y viva fe popular. Habla Don Quijote a su escudero caído en el hoyo al regresar de la insula Barataria, suceso al que hicimos ya breve

referencia: «si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y, por la misericordia de Dios, estés en el purgatorio, *sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia Católica Romana bastantes a sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella, por mi parte, con cuanto mi hacienda alcanzare*» (22). Caballerosidad magnífica de Don Quijote; rasgo ejemplarísimo que en un tal personaje revela una honda formación cristiana, no sólo por lo que a él personalmente se refiere, sino entre los individuos que constituían el ambiente social en que se desenvolvía su existencia. No en balde —es testimonio del Cura— «fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera, que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento» (23). Así es en efecto, y los ejemplos podrían repetirse en gran número.

Muchísimo más cabría citar siguiendo la misma tónica, pero sería imposible resumirlo en el presente artículo. Terminemos citando algún fragmento relativo a la muerte del último caballero andante.

Yace Don Quijote en cama, enfermo, vuelto ya definitivamente de sus andanzas por los caminos de España. En tales trances le sobreviene un prolongado sueño, del cual despierta «dando una gran voz», y entre la admiración de los que le rodean, exclama: «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres». Recobra el juicio; pero la azarosa vida del caballero se encamina rápidamente a su desenlace. Entiéndelo así Don Quijote y llama al Cura, pues «*que quiero confesarme*», dice. Poco después, insiste de nuevo: «*tráiganme un confesor que me confiese... que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma*». Efectivamente, se confiesa. «*En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías*» (24).

Muerte ejemplar y aleccionadora del más famoso hidalgo que haya podido concebir la mente humana, pero cuya personalidad y significación respondía a la religiosidad de nuestros antepasados; religiosidad firmemente sentida —no obstante pasajeras sombras que no llegaban a desvirtuar la noción de pecado—, por un pueblo que hizo de la lucha contra toda clase de infieles, la razón de su grandeza y hasta de su propia existencia.

José-Oriol Cuffi Canadell

(20) P. 2.ª, cap. LVI.
(21) P. 2.ª, cap. XLVIII.

(22) P. 2.ª, cap. LV.
(23) P. 1.ª, cap. XXX.
(24) P. 2.ª, cap. LXXIV.



Los grabados que se incluyen en este artículo son reproducidos de las ilustraciones de Gustavo Doré.

Y el «Ensayo» hizo explosión en París

II

Donoso se convirtió

Donoso había sido liberal. Su educación —lo dice él mismo cuando habla de su conversión— se hizo con los clásicos latinos y los filósofos franceses. Defendía la independencia de la razón. En sus conferencias del Ateneo trató de dar un contenido filosófico al despotismo ilustrado de los Cea Bermúdez, Martínez de la Rosa... propio del partido moderado en que él militaba. Pero Donoso se convirtió. Ha de escribirse: se convirtió, porque el propio Donoso emplea la palabra conversión para calificar el hecho capital de su vida; y porque la emplea con toda propiedad. No es que antes no tuviera fe: la tenía como él mismo escribió a Blanche Raffin:

«Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis acciones. Creo, sin embargo, que si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho: vas a hacer abjuración del catolicismo o a padecer grandes tormentos, me hubiera resignado a los tormentos para no hacer abjuración de mi catolicismo. Entre esta disposición de mi ánimo y mi conducta había, sin duda, una contradicción monstruosa.»

Se dió cuenta de la monstruosa contradicción cuando en su trato íntimo con Massarnau vió «el espectáculo de su vida»; más al vivo al considerar la de su propio hermano, carlista y aficionado a la teología, cuando le vió morir. Entre «la bondad y la honradez» de su hermano y del amigo, y la de «los hombres buenos y honrados» que había conocido hasta entonces, incluyéndose a él mismo, «hallaba yo una distancia inconmensurable y la diferencia no estaba en los grados de honradez». Buscó las raíces de aquella diferencia, ahondando en sí mismo, y la encontró en la región en que alumbran las ideas madres. Para ser como aquellos ejemplos vivos puestos por Dios en su camino, y vivir la encantadora integridad de vida que ellos habían vivido, le era necesario abjurar de unas ideas que le gobernaban para dar entrada a otras que les eran opuestas. Por otra parte, vivió y sufrió, Donoso, una etapa muy agitada del largo período revolucionario. Estudió a fondo las revoluciones; y estos «fanales de la Providencia y la historia» guiaron su conversión. Así cuenta el mismo Donoso el cambio trascendental de su vida y no hay mejor palabra para definirlo que la de conversión.

En aquella monstruosa contradicción en que se había ido desenvolviendo su vida, tenía, Donoso, una muestra patente de los frutos de las ideas liberales, aun en conciencias rectas y cristianas. Político de gran relieve, que en aquella época particularmente agitada, entre políticos andaba metido en empresas políticas, se dió cuenta de los daños gravísimos que los pueblos sufren por causa de dichas ideas, aun cuando en ellos obren por medio de corazones honrados, buenos y religiosos.

No se trata de una evolución, de un desarrollo progresivo de las ideas de Donoso. No es esto lo que caracteriza tan radical transformación. Tenía fe e ideas católicas, pero su fe era estéril porque los afanes políticos que absorbían su vida se regían por el principio de la independencia de la razón, raíz de todo liberalismo, que ahogaba los gérmenes de sus ideas sanas haciéndolas infecundas. La monstruosa contradicción no pudo, pues, re-

solverse con el soñado acuerdo entre unas y otras ideas; no crecería lozano el trigo candeal si no se extirpaba antes la cizaña. Para ser útil a la religión y a la patria, para no quedar en contradicción consigo mismo, resolvió arrancar las ideas liberales y quedarse decididamente con las católicas. Sus cartas a Montalembert del año 1849, antes del *Ensayo* y poco después de su conversión, están llenas de palabras definitivas a este respecto:

«La civilización católica puede ser considerada de dos maneras diferentes: o en sí misma, como un cierto conjunto de principios religiosos y sociales; o en su realidad histórica, en la cual estos principios se combinan con la libertad humana. Considerada bajo el primer punto de vista, la civilización católica es perfecta: considerada bajo el segundo punto de vista, la civilización católica, en su desarrollo en el tiempo y en su extensión en el espacio, se ha sujetado a las imperfecciones y a las vicisitudes de todo lo que se extiende en el espacio y se prolonga en el tiempo. En mi carta no consideré yo esa civilización sino bajo el primer punto de vista. Considerándola ahora bajo su punto de vista segundo, es decir en su realidad histórica, diré que habiendo nacido sus imperfecciones únicamente de su combinación con la libertad humana, el verdadero progreso hubiera consistido en sujetar el elemento humano, que la corrompe, al divino que la depura. La sociedad ha seguido un rumbo diferente: dando por fenecido el imperio de la fe y proclamando la independencia de la razón y de la voluntad del hombre, ha convertido el mal que era relativo, excepcional y contingente, en absoluto, universal y necesario. Este período de rápido retroceso comenzó en Europa con la restauración del paganismo literario, la cual produjo, unas después de otras, las restauraciones del paganismo filosófico, del paganismo religioso y del paganismo político. Hoy el mundo está ya en vísperas de la última de estas restauraciones; la restauración del paganismo socialista.»

«... entre estas dos civilizaciones hay un abismo insondable, un antagonismo absoluto: las tentativas dirigidas a una transacción entre ellas han sido, son y serán perpetuamente vanas. La una es el error, la otra es la verdad: la una es el mal, la otra es el bien: entre ellas es necesario elegir con una suprema elección, y proclamar en todas sus partes la una y condenar la otra, después de haber elegido: *Los que fluctúan entre ambas, los que de la una aceptan los principios y de la otra las consecuencias, los eclécticos, en fin, están todos fuera de la categoría de las grandes inteligencias, y están condenados irremisiblemente al absurdo.*»

Escribía, Donoso, lo que antecede en 1849; años después —1864— Pío IX en el *Syllabus*, contra la escuela católico-liberal condenó en la proposición 80 de aquel documento admirable la tesis de que el Pontificado pueda y deba reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

Plantea, Donoso, esta cuestión en la carta a Montalembert de gracias por su entusiasta felicitación por uno de los tan famosos discursos, y dejó sin salida al famoso conde en la polémica que se inició. Ciertamente es que por aquel entonces Montalembert no había roto aún con Veuillot y mantenía buenas relaciones con el *Univers*, que publicó

aquella correspondencia. No obstante, ciertas expresiones de las cartas de Donoso, el tono y la oportunidad de la cuestión planteada, permiten creer que trató de contener al conde en el camino que había de serle fatal a él y de muy malas consecuencias para la causa de la religión en Francia y el mundo entero. Quien como Donoso conocía tan bien la vecina nación y estaba acostumbrado a calar muy hondo en las ideas de los hombres, no es temerario juzgar que presentía aquel temporal que se estaba incubando y no tardaría en desencadenarse contra Veuillot, campeón en Francia de las ideas que Donoso defendía con tanto calor. No es de creer que un tan famoso orador como Donoso, dirigiéndose a otro no menos famoso como Montalembert, se expresara sin intención con el despego que sigue acerca de la oratoria, y con tanto elogio de la prensa al estilo del *Univers*, cuando era patente el poco aprecio que nuestro paisano hacía de las controversias en los periódicos:

«En cuanto a la manera de combatir, no encuentro más que una que pueda dar hoy día provechosos resultados: el combate por medio de la prensa periódica. Hoy día es menester que la verdad dé en el tímpano del oído, y que resuene en él monótona y perpetuamente, si sus ecos han de llegar hasta el recóndito santuario en donde las almas yacen enervadas y dormidas. Los combates de tribuna sirven poco: los discursos, siendo frecuentes, no cautivan: siendo raros, no dejan huella en la memoria; los aplausos que arrancan, no son triunfos, porque se dirigen al artista, no se dirigen al cristiano. Entre todos los periódicos que hoy ven la luz pública en Francia, el *Univers* es el que me parece que ha ejercido, sobre todo en estos últimos tiempos, la influencia más saludable y provechosa...».

Y es de notar que en este elogio, que parece una defensa anticipada del valiente periódico francés, Donoso se adelantó al gran Pontífice Pío IX que, como veremos, con cariño y decisión amparó al *Univers* cuando se desencadenó contra él un temporal que puso en grave riesgo su existencia.

Como nació el «Ensayo»

Cuando Donoso discutía con Montalembert en las cartas citadas estaba de embajador en Berlín. Al pasar por París, de regreso de la embajada, visitó a Veuillot en el *Univers*, primera entrevista que ambos tuvieron, principio de una sólida y estrecha amistad que perduró hasta que la muerte la cortó. En dicha entrevista hablaría, Donoso, de su intención de escribir tres o cuatro tomos sobre el tema que había discutido con Montalembert. Lo cierto es que muy poco después le escribía Veuillot a don Benito enviándole el prospecto de la *Bibliothèque Nouvelle* e invitándole, si seguía con su propósito de escribir la obra, a encajarla en las condiciones de la *Bibliothèque* para que en ella pudiera aparecer traducida a la vez que se publicara la edición original. Accedió, Donoso, puso manos a la obra y en 1851 vió la luz el *Ensayo* simultáneamente en Madrid y París, cuando ya su autor era embajador en Francia.

Si se tiene en cuenta que no tardó Donoso en morir —año 1853— al frente de la embajada, ha de pensarse que no hubiera tenido tiempo ni tranquilidad suficientes para escribir la gran obra que había proyectado; de donde resulta que a la feliz iniciativa de Veuillot debemos el *Ensayo*, que no puede desligarse de estas circunstancias de su nacimiento. Y es de advertir, también, que la edición del *Ensayo* costó la vida a aquella biblioteca en que Veuillot con razón cifraba tantas esperanzas, pues fué la última obra que de ella se publicó. El vendaval que fué tan recio que, si no pudo matar al *Univers* como se proponían quienes lo desencadenaron, mató en flor a la famosa

Bibliothèque. Porque, como el mismo Donoso escribía, el *Ensayo* hizo explosión en París. Sería muy largo relatar su resonante efecto, pero es necesario contar algo de su repercusión en el campo católico-liberal.

Coincidiendo con la edición del *Ensayo* hubo de sufrir Veuillot aquella tan seria arremetida a propósito de la cuestión de los clásicos paganos de que se habló en el artículo anterior. Calmada ésta sin que sus enemigos lograsen el fruto que se prometían, Gaduel escribió en el *Ami de la religion* aquellos célebres artículos acusando al *Ensayo* de muy graves errores teológicos y censurando duramente a los seglares que osaban escribir y editar obras acerca de graves cuestiones religiosas, cosa que el abate entendía correspondía únicamente a los teólogos sacerdotes. Claro está que Veuillot era el objetivo principal de aquel ataque que en Francia se producía. Pero, si bien ha de creerse que a quienes acusaban al *Ensayo* les hubiera dejado muy tranquilos la edición castellana, no por eso ha de pensarse que sólo buscaban en la francesa un pretexto para herir de muerte a Veuillot, su periódico y su biblioteca. Traducida la obra al francés, amparada por la autoridad de Donoso, tan conocido ya por sus grandes discursos que en ediciones francesas se vendían por millares, y el interés del tema tratado con la profundidad y elevación propias de la pluma que la escribió, necesariamente había de tener por consecuencia el ser muy leída, produciendo grande efecto en el público inteligente que determina más o menos a la larga poderosas corrientes de opinión. Si, como escribe Donoso, son radicalmente contrarias, por razón de sus principios fundamentales, la Iglesia y la civilización moderna; si ésta no es otra cosa que la síntesis práctica de los principios del mal organizados para desterrar del mundo la influencia de lo sobrenatural, son evidentemente dañinos los intentos de reconciliar con ella a la Iglesia, y de persuadir al Papa de que ceda en el rigor de las condenaciones con que la abruma, como se proponen los católico-liberales de todos los tiempos. Planteado y resuelto el problema con la valentía y claridad meridiana del *Ensayo*, si resultara éste condenado por la Iglesia triunfaría sin discusión la escuela católico-liberal y se hundiría para siempre la que con tanto tesón defendía Veuillot.

Hasta entonces, en Francia, ambas escuelas habían chocado por cuestiones concretas de enseñanza, alejadas de la raíz fundamental e influidas por circunstancias accidentales de oportunidad, que dan cierta amplitud táctica a las soluciones prácticas posibles de momento, y por características de lugar que las dan el aire de cuestiones nacionales. Al acudir, Donoso, al palenque de esta lucha en auxilio de la escuela que tenía por uno de sus principales paladines a Veuillot, en contra del grupo capitaneado por Montalembert, activo, inteligente, de mucha influencia en determinados medios que apoyaban sus propósitos transaccionistas con pretextos tácticos sin lograr otra cosa que sembrar la confusión en el campo católico con gran provecho del enemigo, planteó la cuestión en el *Ensayo* en la cima en que reinan los principios fundamentales con el carácter de universalidad que desde que el mundo es mundo tiene la lucha de Luzbel contra la Ciudad de Dios.

Podrá decirse que en el *Ensayo* se advierte un cierto acento francés, tan propio de los *ilustrados* de la época sobre todo en la escuela en que se había formado Donoso; no obstante, no puede negarse que la substancia de su pensamiento, la inflexible lógica de sus conclusiones, la pasión y el fuego con que defiende la verdad sin atenuaciones, son genuina expresión del estilo del catolicismo español, que siempre ha puesto el *Ensayo* sobre su cabeza. Por eso, pese a determinadas características de su lenguaje y a ciertas influencias imposibles de evitar en una obra que se escribió pensando en Francia, a lo general y abstracto del tema que en ella se desarrolla, el *Ensayo* es una

de las obras más característicamente nacionales que se han escrito en su época.

Triunfo del «Ensayo»

Se explica el interés de la escuela católico-liberal en lograr que la Iglesia condenara una obra que tan resueltamente pugnaba por la intransigencia frente a la Revolución y todas sus consecuencias. A ello se encaminaba el ataque de Gaduel que invitaba a Donoso a que sometiera su libro a la censura de la Iglesia. Donoso, que había hecho examinar el original por un teólogo cuyas observaciones aceptó sin discusión, no vaciló en acudir al tribunal ante el que se le emplazaba. Lo que seguramente no pensó Gaduel es que Donoso llevara la cuestión a los pies del Pontífice, que acogió bondadosamente al libro y no sólo no lo prohibió, sino que permitió, si es que no instó, que en *La Civiltà Cattolica*, revista fundada por el mismo Pío IX, saliera un artículo en su elogio y defensa, debido al parecer a la muy autorizada pluma del P. Taparelli, además de haberse publicado en los Estados Pontificios, bajo la inmediata vigilancia de Roma, la edición de Folligno.

Como Donoso era embajador en París, no podía defenderse en la prensa de los ataques de Gaduel. No quedaron por eso sin respuesta directa, ni convenía que quedaran sin ella, mientras en Roma iba resolviéndose la cuestión. Veillot, también muy atacado, acudió a la defensa con unos artículos que son de lo mejor que escribió su pluma privilegiada. Entonces Gaduel compareció ante el arzobispo de París y denunció dichos artículos por difamadores, injuriosos y escandalosos. Ello tuvo por consecuencia que inmediatamente el señor arzobispo prohibiera a los sacerdotes de su diócesis la lectura, suscripción y visita a la redacción del *Univers*, amenazándole además con la excomunión si discutía esta medida.

Con la pena que es de suponer en un católico de su temple, le sorprendió a Veillot, recién llegado a Roma, este golpe que le planteaba un delicado caso de conciencia. Era patente el disgusto de su prelado, pero ni en el decreto condenaba la doctrina defendida por el periódico, ni ordenaba que éste dejara de publicarse; quedaba de la entera responsabilidad de Veillot abandonar el campo y matar el periódico. Pero su conciencia le decía que el interés de la Iglesia exigía que la causa por la que él luchaba tuviera cada día defensores más tenaces. ¿Debía matar el periódico y retirarse de la lucha? ¿Podía hacerlo sin faltar a su deber? ¿Cómo seguir adelante en su empresa sin dar a nadie pretexto para atribuirlo a desobediencia de quien con mayor empeño quería ser dócil a su obispo? Decidió someter el asunto al Papa y en el Papa encontró con la solución el consuelo que necesitaba. Le animó, el Pontífice, a seguir en el combate y dispuso que su secretario de cartas latinas contestara a la consulta del periodista con una carta magnífica que insertamos al pie de este artículo (*) porque es de un gran valor para el pe-

riodismo católico y no en vano la prudencia de Pío IX mandó escribirla en aquella ocasión, salvando sin duda el periodismo católico doctrinal. Y no se contentó con ello y con el consuelo de su palabra en repetidas audiencias. Tenía preparada una encíclica dirigida a los obispos franceses; en ella añadió el siguiente párrafo recomendando a su solicitud la abnegada labor de los escritores católicos:

«Nos no podemos menos de recordaros los avisos y consejos con los cuales, hace cuatro años, excitábase ardientemente a los obispos católicos de todo el universo católico a no perdonar nada para alentar a los hombres eminentes por el talento y la sana doctrina a la publicación de los escritos propios para ilustrar las inteligencias y disipar las tinieblas que se propagan. Por eso, al paso que procuráis alejar de los fieles confiados a vuestra solicitud el veneno mortal de los malos libros y los malos periódicos, procurad también, os lo suplicamos con instancia, favorecer con vuestra benevolencia y toda vuestra predilección a los hombres que, animados del espíritu católico y versados en las letras y las ciencias, consagran sus vigilias a escribir y publicar libros y periódicos a fin de que la doctrina católica sea propagada y defendida, para que los sentimientos contrarios a la Santa Sede y a su autoridad desaparezcan, para que las tinieblas de los errores sean disipadas y que las inteligencias sean inundadas de la dulce luz de la verdad. Vuestra caridad y vuestra solicitud episcopal deben, pues, estimular el ardor de esos escritores católicos animados de un buen espíritu, a fin de que sigan defendiendo con más ahinco la causa de la verdad católica, y con circunspección y sabiduría. Si en sus escritos cometieren alguna falta sobre algún punto, les amonestaréis prudente y paternalmente.»

La encíclica *Inter Multiplices* de donde tomamos este texto, tiene la fecha de 21 de marzo de 1853; el 8 de abril publicó el señor arzobispo de París una pastoral en la que levantaba las prohibiciones impuestas en su decreto anterior, para «poner en práctica los consejos que encierra (la encíclica) y secundar por mi parte y sin reserva alguna, las intenciones del Jefe de la Iglesia».

Si bien Veillot decidió matar la biblioteca en proyecto, se salvaron el *Ensayo* y el *Univers*. Se salvaron y resultaron fortalecidos. Aquel temporal había hecho fijar en ellos la atención de un modo especial y resultó enaltecida la pureza de su doctrina. No se podía dudar de que Donoso y Veillot, riñendo los combates que reñían, prestaban un gran servicio a la causa de la Iglesia. Años adelante ocurriría algo parecido en España con el áureo libro de Sardá y Salvany *El liberalismo es pecado*, historia no menos interesante y aleccionadora.

Marsal de Figuerosa

(*) Nota de la Redacción. — Por falta material de espacio y prefiriendo no darla fragmentariamente diferimos la publicación de esta carta hasta el próximo número, acompañando a la tercera y última parte de este artículo.

EL DÍA DEL PAPA

Texto de los telegramas cruzados entre el Sr. Obispo de Barcelona y el Nuncio Apostólico, con motivo de *El Día del Papa*:

«Excmo. señor Nuncio Su Santidad. — Madrid. — Barcelona ha celebrado hoy brillantísimamente Día del Papa. Iniciaos actos ayer con solemne sesión académica en histórico Salón de Ciento Ayuntamiento barcelonés, presididas todas autoridades, asistiendo nutridas representaciones universitarias, Academias, Centros culturales, gran concurso fieles, disertando presbítero catedrático doctor Ramón Roquer. Hoy, recepción pública mi Palacio desfilaron multitud personas, representaciones toda clase Corporaciones actividades, condiciones sociales con autoridades. Cantando solemne *Te Deum Catedral*, asistencia los mismos magna concentración organizaciones Acción Católica, entidades adheridas, gran entusiasmo, devoción. Prensa local dedica largas columnas; glosa homenaje Pontificado Su Santidad Pío XII, reflejando brillantes actos. Ruego vuestro reverendísima eleva Solio Pontificio respetuosa, clamorosa ferviente adhesión ciudad, diócesis Barcelona. Salúdale. GREGORIO, obispo Barcelona.»

«Excmo. Sr. obispo de Barcelona. — Muy agradecido fervoroso homenaje tributado por esa Diócesis Santo Padre ocasión aniversario exaltación trono pontificio ruego vuestro transmita autoridades, clero, fieles, mis sentimientos profunda gratitud. Salúdale. — Nuncio Apostólico.»

El catolicismo en la Argentina

Organizada por el Instituto de Cultura Hispánica y en la Universidad Central de Madrid, se inauguró el día 29 del pasado enero la Cátedra «Ramiro de Maeztu». Desde ella disertarán diversas personalidades del mundo hispanoamericano. Primero fué el poeta y escritor argentino don Ignacio B. Anzoategui, quien, próximo a regresar a su patria, pronunció la conferencia «Olas y alas de España». Después la ocupó otro profesor de aquella República, el Rvdo. P. Octavio Nicolás Derisi, desarrollando una serie de seis conferencias de elevado contenido.

Este sacerdote argentino, profesor del Seminario Metropolitano «San José» de La Plata y de las Universidades de aquella ciudad y de Buenos Aires, es uno de los representantes más destacados del tomismo argentino, autor de una obra filosófica y teológica considerable contenida en varios volúmenes, aparte de sus numerosos trabajos repartidos en revistas argentinas y de otros países.

Su primera conferencia fué una exposición de «El Catolicismo en la Argentina». Días después tuvo la amabilidad de recibirnos en la Residencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y nuestra conversación giró preferentemente en torno al mismo tema.

El catolicismo en la Argentina, hoy en un estado floreciente, tiene sus días dorados en los del Congreso Eucarístico Internacional de la ciudad de Buenos Aires, en 1934. Fué aquello «un regalo de Dios», nos dice el P. Derisi. La existencia de un catolicismo arraigado en lo profundo de las almas argentinas, se manifestó entonces cumplidamente. Es suficiente el dato de que se habían calculado en 80.000 hombres el número de los que recibirían la comunión aquella noche memorable, y los cálculos fueron sobrepasados en mucho, pues excedieron del medio millón los hombres comulgantes. Las aceras se convirtieron en comulgatorios y los sacerdotes, el P. Derisi entre tantos otros, se tuvieron que trasladar en el metro para administrar el Sacramento de la Eucaristía a los fieles más lejanos.

No Buenos Aires, la Argentina toda evidenció públicamente, que hablando de toda una nación es internacionalmente, universalmente, en el más grande homenaje que ha recibido de los hombres Jesucristo Eucaristía, su profesión de aquella fe que le llevaron los hijos de España.

Cuatro años antes, en 1930, fundó monseñor Caggiano la Acción Católica, que ejerció, y sigue ejerciendo, una influencia muy grande en toda la vida de la nación, pero especialmente en el grupo universitario. Gracias a ella la Universidad es hoy católica antes que nada. En este mismo ámbito universitario e intelectual es imprescindible señalar la labor realizada por los cursos de Cultura Católica. Estos cursos surgieron por impulso de un grupo de muchachos, hoy ya hombres que ocupan puestos relevantes en la vida nacional, y que sintieron la necesidad de una más sólida cimentación católica. Buscáronse con este motivo sus profesores de Religión, de Filosofía, de Teología, un religioso benedictino para la Liturgia, y así supieron crearse para sí y para aquellos sectores a que se extendía su influencia una cultura superior católica. Muchas de las figuras destacadas en la vida intelectual argentina de hoy o se formaron o tuvieron intervención en los cursos. He aquí algunos nombres: el ya mencionado Ignacio B. Anzoategui, Picó, el P. Sepich, Casares, Martínez Zubiria, que ha hecho celeberrimo su pseudónimo de «Hugo West», Marchal, Sánchez Sorondo, Etchecopar, el tan apreciado y conocido en España Juan Carlos Goyeneche, y otros muchos.

Todo esto ha originado un movimiento tomista y litúrgico en aquella República, movimiento que hoy produce

sus frutos. En la Universidad concretamente se dictan varias cátedras tomistas, lo que no hubiera podido efectuarse hace unos cuantos años. La filosofía y la teología tomistas son motivo de obras y de publicaciones periódicas. Aun más, esta ideología elevadamente católica alcanza al pueblo, a la masa y es de ver en la clase obrera una tendencia hacia la Iglesia.

La Argentina cuenta con 23 obispados, de los que hay siete arzobispados y además dos Cardenales que fueron concedidos uno por Pío XI y otro por Pío XII en el último Consistorio. La actual división de diócesis, es causa a su vez de la nueva división de Parroquias, de la creación de nuevos seminarios, etc. Con respecto al problema, tan importante, de las vocaciones, puede decirse que no faltan, aun cuando sea escaso para las necesidades de la vida católica el número de sacerdotes con que se cuenta. Sin embargo, este clero es de una formación amplia y sólida y ello ha merecido elogios de diversas jerarquías de la Iglesia. Seminarios mayores y menores existen en casi todas las ciudades. Así, Buenos Aires cuenta con ambos seminarios y un total de 400 alumnos, aparte del seminario menor nuevo que tendrá capacidad para otros tantos. La Plata con seminarios mayor y menor y 250 seminaristas en su totalidad. Córdoba con 250 seminaristas en el seminario mayor, poseyendo también otro menor. Santa Fe, igualmente con ambos seminarios y una cantidad de 180 a 200 alumnos. Rosario, con 150 alumnos. Paraná, en la provincia de Entre Ríos, con 150. Catamarca, con 100 alumnos en el seminario mayor y existen seminarios menores en Salta, Jujuy, Tucumán, Santiago del Estero, Río Cuarto, Mendoza, Mercedes, Bahía Blanca, Azul y Viedma. La ciudad de San Juan tenía, asimismo, seminarios mayor y menor, que fueron destruidos hace unos años por el terremoto que asoló la ciudad; contaba en total de unos 60 a 70 alumnos y actualmente se procede a su reconstrucción. La ayuda del Gobierno es en este punto muy importante, no ya atendiendo a la construcción de los seminarios, sino por medio de la concesión de becas para seminaristas pobres.

Hay que citar al lado del clero secular la existencia de Ordenes y Congregaciones religiosas de ambos sexos. Los salesianos que cuentan en la Argentina con cuatro provincias y un promedio de 30 sacerdotes por año, la Compañía de Jesús, los carmelitas entre los contemplativos, y los benedictinos. También existen Ordenes femeninas de carácter eminentemente nacional, como la Orden del Divino Maestro que regenta el Instituto de Cultura superior para señoritas, fundado por el Dr. Santiago Coppello, Cardenal Arzobispo de Buenos Aires.

En cuanto a publicaciones de diversos géneros, algunas nacidas de aquellos cursos de Cultura Católica que hemos mencionado, citaremos «Sol y Luna», «Criterio», «Baluarte», para los jóvenes, «Nuestro tiempo»... Revistas de altura y riguroso contenido, como «Ortodoxia», «Sapientia», revista de Filosofía que dirige el P. Derisi, «Ciencia y Fe», de los PP. de la Compañía, etc.

Un detalle que da idea de la pujante vida de las publicaciones católicas es el de que en la Exposición del Libro, recientemente celebrada, la mitad aproximadamente estaba ocupada por ediciones y publicaciones de editoriales y librerías católicas.

Bastan estas notas tomadas de nuestra conversación mantenida con el P. Octavio Nicolás Derisi, para percatare de la influencia que en la actual Argentina representan la vida y el pensamiento católicos.

Madrid, febrero de 1947.

Fernando Murillo

DIGESTO CATÓLICO

"La Hebra de Oro del pensamiento católico"



Publicación mensual argentina

Herrera, 527

BUENOS AIRES

**Cuevas de
Artá**



MALLORCA

Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual	70'00	ptas.
Semestral	35'00	"
Trimestral	18'00	"

Número ordinario 3'50 ptas.

Adquiera la obra

del

Dr. D. Félix Sardá y Salvany

El Liberalismo es pecado

PIDALA EN NUESTRA ADMINISTRACION

Precio especial para nuestros suscriptores:

===== **3 ptas. ejemplar** =====